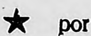


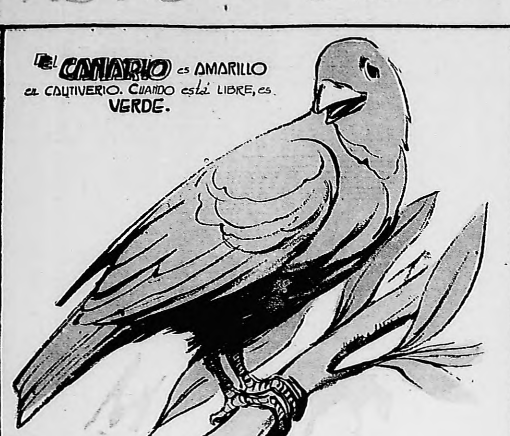
CRITICA

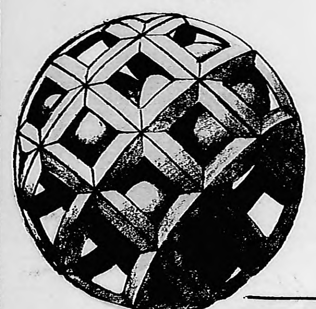
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

Año II | BUENOS AIRES, SETIEMBRE 15 DE 1934 | No. 58

VISTO Y OIDO  Conviene Ser Zapatero  por PREMIANI

El CANARIO es AMARILLO en CAUTIVERIO. Cuando está LIBRE, es VERDE.





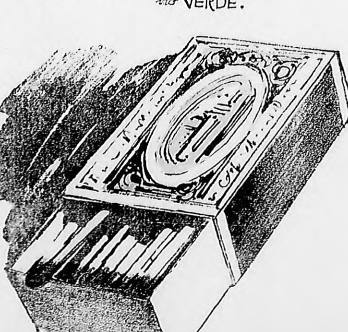
El TALLISTA ALEMÁN LUDWIG WOLF, TALLÓ una BOLA de MADERA de 2 PULGADAS y 1/2 de DIÁMETRO, y DENTRO de ESA OTRAS TRES.-



Antes de SER SABIOS, ARTISTAS, ETC., FAMOSOS, los SIGUIENTES PERSONAJES eran HUMILDES ZAPATEROS: LINNEO, CREADOR de la CIENCIA BOTÁNICA; FOX, FUNDADOR de la SECTA de los CUÁQUEROS; DAVID PARENS, FAMOSO PROFESOR ALEMÁN de TEOLOGÍA; HANS SACHS, GRAN POETA y CRÍTICO ALEMÁN; WINCKELMANN, CRÍTICO y POETA GERMANO y JACOBO BÖHME, AFAMADO FILÓSOFO.-

En RUSIA hay AHORA TRINEOS que MARCHAN IMPULSADOS por HÉLICES.

Para AUMENTAR el INGRESO en CONCEPTO de IMPUESTOS SOBRE los FÓSFOROS, el GOBIERNO TURCO ha INSTITUIDO un PREMIO CONSIDERABLE para QUIEN ENCUENTRE entre AQUELLOS uno VERDE.



El FILÓSOFO INGLÉS y CANCILLER BACÓN, fué el DESCUBRIDOR de la REFRIGERACIÓN de la CARNE.



EL IRLANDÉS DEL PUERTO

POR

JOSE REMO SUFFRITI

ILUSTRACION DE ROJAS

COMO de costumbre, unos cuantos curiosos presenciaban las maniobras que hacíamos en el dique, desamarrando al "City of Dublin". Vacías sus bodegas, se dirigía a Rosario, después de haber descargado fardos de arpillera. Tironeado por "El Nelson" y "El Matador", cayó en el centro del canal, y enfilando la proa hacia el Sur, empezó a navegar lentamente. Permanecíamos junto al murallón contemplando el largo casco del buque, pintado de negro hasta el final de los pescantes, la chimenea marrón con franja roja, arboladura larga, recta y las dos anclas pendiendo a ras del agua. Se perdía ya en la curva de la Dársena, cuando algunas exclamaciones en inglés acriollado nos hicieron mirar hacia atrás: "City of Dublin", "Rosario", "Rosario". ¡My God!, dijo, y extendiendo la diestra hacia el Norte cerró el puño como si amenazara a alguien; luego de un corto silencio sacudió con ira el brazó y cortó: ¡Ladrones!

A nosotros, habituados a las manías y rarezas de todos los ex hombres que ambulan en nuestro puerto, nos intrigaron sin embargo las palabras de nuestro amigo Bunsen. Hacía un par de años que apareció en el puerto. Muy prolijo en su indumentaria a pesar de los remiendos. Dormía en un vagón de las Catalinas abandonado en los potreros de la Dársena. Le gustaba mucho leer, e iba siempre solo; siendo nosotros los únicos marineros que teníamos algún trato con él. A veces, cuando no podíamos arrastrar hasta el poste de amarre un cabo que formaba mucho seno, él, siempre que se hallara cerca, acudía en nuestra ayuda. En varias ocasiones le ofrecimos dinero; lo rechazaba con una sonrisa de conmiseración y amargura, diciéndonos en su jerga pintoresca:

—No muchachos, yo ayuda a ustedes porque son buenos, "two brothers" y respetan a todo "winch coman"; no, yo no quiero plata, plata seca la corazón, "bloody money".

En las contadas ocasiones que se franqueó, empezaba a relatarnos algunos trozos de su vida que cortaba bruscamente ante el asombro nuestro. Le facilitábamos cuanto diario o revista podíamos. Una tarde, hojeando un semanario donde un cronista relataba el reportaje hecho a uno de los grandes magnates de la Chicago Argentina y en donde ese señor decía cómo hizo su fortuna, el irlandés comenzó a ponerse pálido, diciéndonos con voz angustiosa:

—A ver, lean lo que dice el pirata éste. Y la mano rugosa, velluda y fuerte de Bunsen señaló el retrato del reporteado. Y decía el magnate: "yo soy hijo de mi propio esfuerzo, amigo periodista. Empecé como dependiente hace muchos años, trabajando de sol a sol, sin salir ni los domingos. Mientras otros iban a divertirse y gastar lo que habían ganado, yo quedaba haciendo guardia en el establecimiento, y así me gané el afecto de mi primer y único patrón. "Hay que ser tenaz y honrado, amigo; yo heredé la limpidez y..." No pude continuar la lectura, Bunsen descargó un puñetazo sobre la revista, y ante la estupefacción nuestra, comenzó a dar grandes pasos alrededor del vagón, gritando: ¡Canalla! ¡Pirata! ¡Si yo hablara! ¡Oh, muchachos, yo conoce muy bien a esta gente!; yo algún día contar... Enfurecido, soltó dos o tres maldiciones y para no amargarlo más, recogí la revista y nos retiramos hacia la casilla de los amarradores, comentando Henry y yo, el misterio que envolvía la vida del irlandés.

Pocos días después se detuvo frente a los elevadores "Dreyfus" un corto de vagones procedentes también de Rosario; era una partida de cereales para el vapor "Arantza Mendi".

Bunsen, con su tachito que oficiaba de plato, había recibido el almuerzo de un carguero amarrado junto a la cabecera del dique. Comía sentado a la sombra de los galpones, mientras mi hermano y yo atendíamos la salida del otro "Tramo". Al terminar el almuerzo se puso de pie y distraído comenzó a leer los rótulos de los vagones: "Barnett y Escauriza", decía en la lona de una chata. "Sanday y Cía." en otra. "Weil Hnos" y al llegar frente a la puerta de un "Hamburgo" una leyenda enorme que abarcaba la mitad de ésta en letras rojas llamó su atención. Volvió a leerlo de nuevo y comenzó a vociferar: ¡Canallas!, ahora mandan cereales también a Europa. ¡Canallas!, y recogiendo una piedra de la Ribera la arrojó contra el rótulo. Se alejó a grandes pasos hacia su refugio, no sin antes darse vuelta y gritar con más fuerza: ¡Ladrones!

Desde los años que le conocíamos nunca le vimos tan indignado como ese día. Me acerqué al vagón atraído por la curiosidad de leer lo que le causara tanta ira, lo había partido de una pedrada, pero no pude juntarlo y decía: "Monsen y Resmort, barracas de maderas, frutos del país". Rosario de Santa Fe.

Asociando todo lo acontecido me propuse descubrir el misterio que había en la vida del irlandés; no por malsana curiosidad, sino que me interesaba por haber oído contar allá en nuestra niñez en Rosario algo que se le asemejaba. Después de terminar nuestra tarea de amarradores le dije a Henry: "Che, voy a visitar al irlandés, le llevaré un kilo de yerba pura que le gusta tanto, y además tengo interés en saber algo de su vida. Como de costumbre, me recibió amablemente, extrañando que viniera solo.

—¿Y su hermano?

—Ha ido al Riachuelo a sacar unos apuntes, yo aproveché para traerle un poco de yerba y si no le es molesto matearemos y conversaremos. Nos sentamos sobre unos cajones vacíos y empezamos a matear, y fuí el primero en romper el silencio.

—Vea, amigo Bunsen, no crea que yo quiero meterme en averiguar su vida íntima, usted sabe que nosotros siempre lo hemos respetado sin importarnos quién era; nos bastó tan solo saber que usted era irlandés y eso para nosotros significa que es usted un caballero. Nunca ha sido usted ni podrá ser un hombre malo; lo único que nos intriga es que todo lo que hable de Rosario lo pone violento y como nosotros somos de allá...

Se puso de pie y entonces ví a un Bunsen desconocido; alto, bien plantado, de frente amplia y llena de arrugas, los ojos pequeños y azulados, dulces como los de Carlitos Chaplín, la nariz aguileña, barba espesa, cabellera blanca y enmarañada. Toda su persona denotaba al hombre que a pesar de la vida que llevaba entonces, había estado en otro plano. Y empezó su relato:

—Amigo marinero, yo siempre he querido contar mi vida a alguien. Vos me parece una persona que no va a reir de mí; dió unos cuantos pasos y parándose bruscamente señaló el Norte, exclamando: a muchos millonarios de allá, les conozco muchas porquerías. ¿Usted se acuerda el día que me trajo la revista aquella donde un "self-made-man", contaba cómo hizo su fortuna? ¿Recuerda que yo me puse furioso y conté no sé qué cosas.

—Sí, amigo y me interesó saberlo porque yo justamente en Rosario oí contar la historia de ese sujeto y es muy distinta de la que él cuenta.

—¿Usted conoce en Rosario la firma "Monsen y Resmon"?

—Allá son los ricos más nombrados, le contesté.

—Bueno, amigo marinero, los dos canallas que componen esa firma de tanto prestigio son la causa de mi infortunio; y ante el asombro mío comenzó así:

Nací en Dublin hace sesenta y siete años. A los quince me enbarcaba en un bergantín. Después de navegar por todos los mares, el noventa llegaba por cuarta vez a Rosario. Veníamos de Baltimore con un cargamento de madera, ya era piloto y tenía en los bolsillos varios miles de dólares. Dominaba bastante el castellano y el deseo de traer a mis viejos que estaban solos en Irlanda, me decidió a quedarme en esa ciudad. Empecé como contratista en la descarga de los barcos; eran años prósperos, después de un tiempo me establecí con una barraca y ferretería. Entre mis empleados había dos que se caracterizaban por su afán en servirme y ganarse mi confianza. Yo creí que tanta dedicación hacia mí emanaba para retribuir el afecto, el respeto que siempre profesé a los hombres que junto conmigo luchaban por el pan diario. Finalizadas las tareas me ayudaban a poner en limpio los libros; comían y dormían en la misma barraca, y ni los domingos salían de ella. Las cosas iban cada vez mejor, al finalizar un balance los habilité con un tanto por ciento en las ganancias. Para esa época estaba terminando de pagar una casita que hice para mis viejos, a quienes en esos días les enviaría el pasaje... ¡Quién me iba a decir que aquellos dos humildes dependientes me traicionarían de manera tan ruin!

Hizo una pausa llena de amargos recuerdos y después que agotó el mate hasta hacer cantar la bombilla, prosiguió:

—Fué para un cumpleaños mío. Hice una fiesta en la barraca, donde participaron mis obreros y empleados con su familia; hubo de todo; se comió y bebió en abundancia; música, cohetes, baile... ¡Cómo podría creer que era la última fiesta de mi vida! ¡Ah, God! Llegó la noche de ese inolvidable día, todos, después de saludarme y desearme miles de felicidades, se fueron retirando. Yo estaba conmovido, contentísimo; me halagaba profundamente el aprecio de esa gente a quienes no consideraba mis subalternos sino mis amigos. Quedamos solos Monsen, Resmon y yo. Habíamos bebido y comido mucho; la sangre joven y ardiente bullía en mis venas, era verano y en Rosario, y con treinta años menos... y seguimos la fiesta.

Pasados los vapores de la farra, me hallé encerrado en una celda del manicomio. Nadie quería escucharme ni responder a mis preguntas; lloré desesperado muchas noches. Me interrogaba en voz alta para convencerme que aquello era un sueño, ¡Me mordía los dedos, golpeaba la cabeza contra el muro hasta bañarme en sangre, arañaba las rejas! Nadie se compadecía.

Una tarde supe todo lo ocurrido. Uno de mis obreros, valiéndose de una treta, vino a verme; no le convencía lo que se contaba de mí en Rosario; mis dos empleados de confianza eran ahora los dueños de la barraca. Aprovecharon mi estado de embriaguez llevado al idiotismo que ellos habían preparado con alguna bebida tóxica, siendo un plan que venían madurando desde largo tiempo, para hacerme firmar un documento en el cual yo declaraba retirarme de los negocios y dejar a ellos como dueños absolutos. Me resistía a creer en tamañana infamia, no; no podía llegar la maldad humana a tanto, nunca pensé que fueran tan viles; mas la realidad se encargó de hacerme caer la venda.

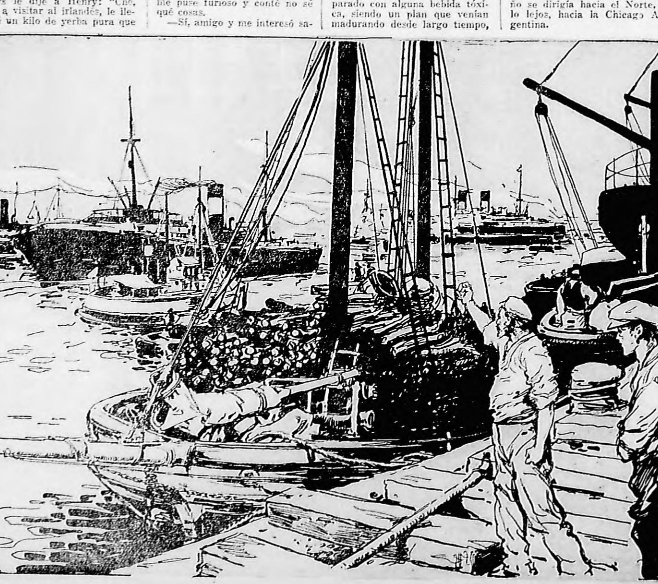
Mi amigo se presentó a los tribunales; no se le tomó en cuenta, hasta el nombre me habían robado. Ya no me llamaba Patricio O'Hara; en el manicomio se me dió entrada con el de Guillermo Bunsen, que uso desde entonces. Quemaron e hicieron perder todo vestigio de mi personalidad anterior, fraguando esa canallada en complicidad con un comisario venal y fácil al soborno; cosa muy común en aquellos tiempos y en aquella ciudad. Permanecí tres años en el encierro, siendo aquel buen amigo el único que venía a verme, tomando muchas precauciones, pues los dos canallas tenían plata, y con aquel comisario, habían establecido un servicio de espionaje; intentaron hasta envenenarme en las comidas, y al fin, ayudado por mi amigo, una noche pude huir.

De primera intención pensé ir a matar a los dos canallas, mas me detuvo la fe en Dios. Yo soy creyente y tengo confianza que él me hará justicia, yo tengo fe aunque me muera mañana mismo, yo creo en El, amigo.

—Hace bien en creer, le contesté al mismo tiempo que le alcanzaba otro mate. Bebió a pequeños sorbos, sin apuros, intentando serenarse para continuar el relato de su desventura con tranquilidad.

Estuve oculto en un rancho de Alberdi lo suficiente como para que creciera mi barba y desfigurándome en el vestir, pude embarcar en el vapor "Sicily", cuidando animales para Sud Africa. Era la época de la guerra del Transvaal, descargamos en Durban y yo huí al campamento de los "Boers". Finalizada ésta, volví a Irlanda después de diez años de ausencia en busca de mis viejitos; no hallé a nadie. El dolor, la desesperación en que me sumió la canallada, hízome olvidar hasta de la época en que vivía. Estuvieron mis pobres viejos tantos años sin recibir noticias, que quizá los mató el pensar y creer que los había olvidado... y volví nuevamente a navegar. Era joven y fuerte aun, primero en los barcos de la "Cunard Line", "White Star", "Ancor" y luego, a medida que iba envejeciendo, descendía de categoría. Barcos veleros, rutas malas, "Tramps" changadores sin destino fijo; hasta que, cansado, aburrido de las malas comidas, de los puertos, de los horarios, sin afectos, sin familia, sin personalidad, deserté en Bahía Blanca, hace cuatro años, del "Canadian Transport". ¡Para qué navegar ya, al diablo todos los barcos! Y aquí estoy con casi setenta años; y ellos son millonarios ahora!

Con estas palabras terminó su relato el irlandés Bunsen "which coman" de nuestro puerto. Desde ese día se hizo más taciturno y se le vió con menos frecuencia por la Ribera. Una mañana la gran bajante que produjo el pampero dejó frente a los muelles de "Wilson" el cadáver de un hombre. Se le llevó a la morgue de la isla para ser identificado y esperando que alguien lo reclamara. Lo que más llamaba la atención de aquel cadáver era el brazo derecho rígido hacia el Norte y con el puño cerrado como si amenazara a alguien; de cualquier forma, siempre aquel puño se dirigía hacia el Norte, a lo lejos, hacia la Chicago Argentina.





Las Andanzas del Tumbeador Losa

LA vieja Fredes, como se le llamaba en el pago, era una vivaracha señora que hacía varios años había enviudado, dejándole su difunto marido una pequeña propiedad de campo, y una numerosa familia, la que poco a poco se fué dispersando, las hijas casándose y los varones yendo vaya a saber por dónde a ganarse la vida, porque con la madre no aguantaba nadie, ella los hacía "bailar en una pata" y el que no le gusta, que se vaya", aunque después, en la noche, se lo pasara delante una vela, rezando a los milagros de cuanto santo tenía memoria por la buena ventura de sus ausentes, y también porque no la fueran a dejar sin el Cholo, su querido hijito menor que a la fecha era un panfilón de 19 años, creyendodo tanto la madre como él que era un "peine"!, pero en realidad el pobre no sabía ni lo que era pueblo. Sin embargo, en el fondo, el muchacho no era sonso, lo que le faltaba era trato.

Así las cosas, al atardecer de un buen día, "cayó" el negro Losa a los viejos ranchos de la viuda. Su llegada fué todo un feliz acontecimiento, que madre e hijo celebraron con las más espontáneas manifestaciones de alegría, también, "no era para menos", ya hacía como dos años que no se le veía por esos lados. A ver — decía la vieja — fué más o menos para San Juan del año pasado que te fuiste, si recuerdo que vos viniste con las de Manzanares a tirar las cédulas, ¡Ah!, y recuerdo que vos fuiste a avisarle al viejo Bautista cuando se quebró el chico de López— le quedó la pierna media chueca pero lo sanó bien; si para San Juan va a hacer dos años que no andabas por acá ¿y qué tal, no viste por ahí alguno de mis hijos, no estuviste en casa de alguno de mis yernos?

Ese era uno de los fuertes de Losa, dar informes, él estaba enterado de vidas y milagros de todo el mundo, aunque allí, en lo de la vieja, él se cuidaba muy bien de no largar todo de golpe, porque así tenía repertorio nuevo para varios días y mientras tuviera novedades para cantar, sabía que no molestaría en casa de la anciana, por eso, cuando ella le hacía alguna pregunta, sobre la vida de sus hijas, hijos, nietos, nueras o yernos, él era lo más breve posible, concretándose apenas a conformar a la viuda, pero eso sí, jamás le hacía una pregunta sin que él no le diera alguna referencia, porque Losa, si no sabía mucho, por lo menos algún dato tenía, y si no sabía nada, era casi cuando parecía estar más al corriente de la vida de quienes se refería, pues, de acuerdo a la capacidad de cada uno, se imaginaba perfectamente de cómo podía irle, si estaría soltero, casado, pobre o acomodado y cuanto más grande mentía más fresco se quedaba, y si por casualidad le pillaban una, se arreglaba diciendo que a él se la había contado Fulano. Por otra parte, no solamente con los cuentos le "ganaba el lado de las cosas" a la señora, sino que arreglaba algún alambre, juntaba leña, o hacía algún asado, en fin, trabajitos que no eran otra cosa que aspaviento, y siempre a la vista de la vieja. Pero lo que ella no sabía, ni maliciaba, era el negro, junto con su Pocholo, se levantaban a las 2 de la mañana a "variar" el zaino de Losa y un tostadito del muchacho; porque el negro, enterado de que para el primer domingo del mes próximo —con motivo de una reunión política para las próximas elecciones, a la que vendrían el comisario, el intendente y toda la "camarilla"— iba a haber tabeada libre y carreras "grandes", oportunidad que aprovecharía para "armarse" de algunos pesos; pero el Pocholo "que la madre le había dicho que no llegue a saber que vos has jugado un peso, se le ponía la cosa muy fea, lo que tuvo que arreglar el negro, diciéndole —Mirá —vos hacés lo que te diga, y tu mamá no sabrá nada, además, si llegamos a ganar en las careras, de lo que estoy seguro— te prometo sacarte permiso pa dir a pasiar unos días, no te da vergüenza muchacho grande, que no sepás lo que es el pueblo? Usted, amigo, va a hacer lo que yo le diga, y no se va a arrepentir. El Pocholo, tocado en su amor propio y tentado por la promesa, había cedido.

Llegó el día de las carreras, encontrándose el zaino como el tostado en perfectas condiciones, habiendo llegado a comprobar Losa que el caballo del muchacho superaba al suyo fácil por un cuerpo, aunque el negro no contaba tan sólo con ese recurso para hacerse de unos pesos; él le decía al muchacho. Mirá, a mí ya me conocen por acá, y sin duda pa'lguna cuadrera me van a "echar" de corredor y si la llego a ver en fija, soy cajazde jugar hasta de "ojo".

Losa "escurrió" a Pocholo para pedir permiso a la madre, pero a Pocholo se le acabaron las habilidades y se pasó todo el sábado sin animarse a despegar los labios: menos mal que el domingo amaneció un día reluciente y el tostado del muchacho,



atado a "estaca", adquiría con los rayos de sol una apariencia metálica; esto, exaltando la imaginación de su dueño, acicateó su ánimo hasta darle el suficiente coraje para "encararle" a su madre, empezando por decirle: —Este... vea mama, yo venía a ver si podría dejarme dir luego con Losa a la reunión política, porque losotros días me vido Don Enrique, que dicen que va ser diputau. —¡Yo te voy a dar reunión política, y a ese Don Enrique también! Estoy segura que ya te anduvo palmeando el "lomo", claro, ahora vienen las elecciones y se lo vuelven todos esos para amabilidad y después. Si te he visto no me acuerdo! No seas bobo, no hay que hacerle caso a esa gente, son pura salamería.

¡Ah!, si, y después, te crees que me la vas a pasar a mí, vos lo que querés es ir a ver las carreras, y la jugada de taba. —¡Muy bonito es eso! ¡Qué lindo el señorito metido entre esa gente! —y, bueno, si no me deja... —Yo le he dicho que no lo dejo hijo. Usted ya es grande, puede ir, decía no más, vaya hijo, vaya. ¡Ah!, pero lo primero, te vas a lo de tu madrina en un galopito, y le decís que me mande una de las muchachas para que me acompañe esta tarde. ¿Me has oído? Si mama y salió con el alegrón más grande de sus pocos años.

Al negro, tal como se lo imaginara lo "echaron de corredor" en una carera por cien pesos, al momento de montar, dijo al dueño del caballo.

—Diga, Don Fausto, me "lleva" 20 pesos?, él no había palpitado nada todavía, pero sabía que aunque perdiera, por el hecho de haber corrido el caballo, el otro no se los cobraría. Don Fausto contestó: —Sí, los vas. En cuanto hicieron unas "partidas fuertes", Losa se dió cuenta que tenía caballo "pa robar" y en cuanto se le arrimó el dueño, le dijo: —Puede jugar con confianza, yo estoy "escondiendo" el caballo. ¡Ah, y quiere jugarme treinta pesos más, si pierdo se me hacen cincuenta. —No importa, están jugados, terminó Don Fausto. Pocholo andaba orillando el gentío medio "apampau", pero en cuanto lo vió Losa le hizo una seña con la mano para que se arrimara y cuando estuvieron bien juntos los caballos, le dijo en secreto. —Ché los veinte pesos que nos dió la vieja, vamos a arriesgarlos a este pingo, aquí tenés los diez míos. —¿Y si los perdemos? Mala suerte, amigo, usted haga lo que yo le digo. El Pocholo obedeció, pero a medias, porque se jugó los 10 del negro pero de los de él no apostó más que cinco.

Losa ganó la carrera; más tarde corrió con su zaino e hizo puesta, pero en seguida no más le dijo a Pocholo. —Mirá, andá y desafialo a ese que le corrí recién, pero que no se entere que somos compañeros, y si te pide "cortada" se la das; así fué; el otro, pretextando que su caballo había corrido, arregló que el tostado tenía que "cortar". En esa carrera Losa y Pocholo hicieron una "vaca" (poner por mitades), los $ 35 que se le "habían hecho". Por su parte, sin que el muchacho se diera cuenta, El Negro se jugó los cincuenta de la primera carrera, porque, de acuerdo al "cotejo" que ya tenía, esa era "plata en mano", y efectivamente resultó así. Finalmente, Al Negro lo "echaron" nuevamente de corredor en una cuadreda que vino a resultar de las más bravas de la tarde, y en la que El Negro se hizo "levar" $ 40 además de lo que él se jugó, $ 60, que vinieron a hacérsele 100; también en esa oportunidad Pocholo arriesgó $ 10. Totalmente —como volvió a ganar— El Negro hizo un rápido recuento mental, comprobando que se había "armado" de $ 200, con lo que le dieran "pa las copas" los dueños de los caballos que él había corrido; sin contar la "vaca" con el muchacho. Terminadas las carreras, todo el gauchaje "agarró" para el lado del boliche, donde la taba seguía juntando pesos en el bolsillo del coimero puesto por el comité; y el vino dado por el caudillo, terminaba los últimos toques de su misión electoral.

Losa con Pocholo pasaron al mostrador, a tomar unas "bravas", saliendo inmediatamente a probar la suerte en el "gueso", pero cuando el negro se disponía a "copar", debido a que la mayor parte de los paisanos andaban medios "puntiaus" y sin los pocos pesos que trajeron, "se armó la tremenda", aquello era puro sacar cuchillos, revólveres o "taleros" dados vuelta; no se oía más que. ¡No me ataje y no me ataje! y los otros, ¡Párese! ¡Párese! Al final, triunfaron los atajadores, y el comisario aprovechó la oportunidad para decir: —Bueno, a ustedes ya veo que no se les puede hacer el gusto, así que aquí no juega más nadie... ¡Todo el mundo a su casa!, y hablando con el intendente: —Si uno los deja a estos baguales, van a terminar por abrirse la panza; cada vez que se les hace una fiesta para que se "diviertan", acaban borrachos y camorreando. De regreso para las casas, Losa hizo el balance con Pocholo. Y, ¿cómo salimos, compañero?

—Creo que son 80 pesos, dijo el muchacho. Bueno, mirá, pa que veas que no soy ningún "coya", dame 35 a mí y lo demás te lo guardás vos, así vas a ver que el negro Losa es un amigo... ¿Sabés lo que siento yo, hermano? Es no haber ganado unos pesos más pa poder hacer el viaje al pueblo que te había prometido, porque con esa plata no nos alcanza ni pa tabaco, pero no te podés quejar, al final, ganó tu caballo, volvés con plata, ¿qué más querés? —Yo no digo nada, al contrario, te doy las gracias por todo.

—¡Ah!, bueno, así me gusta que sepás reconocer.

Al otro día, el negro, enterado de que había que hachar unas acacias para hacer un alambrado, echó la excusa de que la tarde anterior le informaron de la enfermedad de un amigo, por lo que "no le quedaba otro remedio que dir a visitarlo" y ensillando su zaino, salió con rumbo a General Alvear con la esperanza de pasarse unos días de "farra".

POR

Nemesio Chourrout

Ilustración de Güida

Museo de la Confusión

★

En cierta gramática de los H. E. C., que se caracteriza por el fuerte olor a maná que mana de su encuadernación, por las incontenibles referencias bíblicas que la moabitan y por un sinnúmero de citas eucarísticas que ocupan las seiscientas páginas pias, descubrí un original sistema analítico que hace honor al monaguillo con solecismo, al sacristán con cacafonía y al presbítero con hipérbaton.

Antes de poner en evidencia los esfuerzos de la cripta, desearía dejar constancia de algunas omisiones advertidas en la obra. He notado con desconsuelo que ciertos valores representativos de la curia han sido bombeados impunemente. Pocos autógrafos de los Hermanos Maristas, casi ninguna referencia al convento del Caballito, contadas alusiones al San Borombombón y escasos sermones del padre Coffa ponen en evidencia una censura lamentable que no condice con la prodigalidad demostrada a favor de otras sucursales de la Cofradía. Me parece justo también señalar cierto descuido observado en la numeración del catecismo gramatical. Por ejemplo, resulta sumamente incómodo para el criptógamo estudioso, el joven tousurado, el aplazado apostólico, etc., la orientación dentro del mamotreto por la falta de signos cabalísticos al lado de los guarismos indicatorios. Uno nunca sabe si la página 54, 69, 100, 300, etc., donde se encuentra es antes o después de Cristo, a las J. C. en punto, a la INRI menos veinte o si la ascención ha sido retrasada por mal tiempo. Puntualizados estos defectos, pasemos al sistema analítico prometido.

El sacerdocio académico ha desparramado por el breviario lingüístico una serie de lecciones numeradas con su correspondiente ejercicio de lenguaje. Cada uno de estos ejercicios se descompone en dos partes. Primero se manda una composición cualquiera, verso o prosa, que contenga, se entiende, algunas alusiones pontificias, el nombre de Dios, el monograma de San Pedro, el apodo de San José, etc. y luego, lo que constituye la segunda parte, se da paso a algo que se titula Conversación, pero que en realidad es una especie de hábil interrogatorio para averiguar si el lector se ha enterado del texto ofrecido o si se limitó a despreciar la firma del escriba. Esta segunda parte representa el análisis.

En la página 208, no sé si antes o después del Paracleto, aparece la lección 65. La composición elegida se titula El Pobre y la firma José Eusebio Caro, colombiano. Es ésta:

EL POBRE

¡El pobre! Al pobre menosprecia el mundo,
El pobre vive mendigando el pan:
Falsa piedad o ceño foribundo
Cual un favor le dan.

La gloria al pobre le deniega un nombre,
El poder le deniega su esplendor,
La noche el sueño, su amistad el hombre,
La mujer, el amor.

¡Oh verdes bosques, círculo del polo!
¡Montes desiertos donde el rico va!
¡Mar insondable, eterno, inmenso y solo!
¡El pobre no os verá!

¡Oh! en los ojos del pobre brota el lloro,
Y no enternece un solo corazón:
Que las lágrimas sólo en copa de oro
Merecen compasión.

¡Vedlo! su pie la triste tierra pisa,
Todo en él nos revela el padecer:
Ojos sin luz y labios sin sonrisa,
Y vida sin placer.

Y empero el pobre tiene una esperanza
Que vale más que el mundo y mundos dos:
¡Inmenso bien que el oro vil no alcanza!
¡El pobre tiene a Dios!

JOSE EUSEBIO CARO
Colombiano

En seguida, bajo el título de Conversación, nos sucede la segunda parte. Hela cuí:

1. ¿Quién es el autor de esta composición? — 2. ¿No es algo exagerada la pintura que nos hace del pobre? — 3. ¿No hay sin embargo personas que se apiadan del pobre? — 4. ¿Qué indica la última estrofa? — 5. ¿Son así todos los pobres? — 6. Los pobres que se entregan al vicio ¿conseguirán la vita eterna?. — 7. ¿Qué dice Cristo N. S. respecto de los pobres? — 8. ¿Qué pobres son acreedores de la bienaventuranza celestial? — 9. ¿Anda acertado el que no da limosna so pretexto que hay falsos pobres? — 10. Indíquese algunas maneras de dar limosna sin peligro de ser engañado.

La primera pregunta no revela mucha imaginación que digamos, por parte del sacerdocio, porque salvo el caso que el docente se encuentre ebrio o dormido, recibiendo la extremaunción o rezando el rosario dejará de contesta José Eusegio Caro para decir Mea Culpa, Kirie eleisón, mozo traiga otra copa, o bonna cera mio signore, en medio de la pesadilla. A la segunda se podría contestar diciendo que, en efecto, es bastante exagerada la semblanza del desocupado, como también la del rentista. Ante todo, no creo que el pobre se desviva por transformarse en un explorador ártico, en un alpinista antártico, en un esquimal o en un Marco Polo de salón hasta el punto que en caso de enriquecerse corra como loco a plantar su cruz svástica, su bandera idolatrada o su distintivo particular al pie del ventisquero o al borde del iceberg en plena noche polar o al promediar la aurora boreal. En cuanto al rico, dudo que le gusten las farras con champán, los babys party o los garden diner en el oasis, el desierto de Sahara o las selvas de Montiel y me inclino más bien a creer que le resultaría más agradable un monte con puerta, unos huevos caseros, un faisán de incubadora, etc. a todas las comadrejas, bichos colorados, tucu-tucus, dromedarios y demás habitantes del suburbio. Las otras preguntas, 3, 4 y 5, no ofrecen mayor interés, pero, en cambio, la sexta obliga a la meditación:

Un pobre, un indigente, un menesteroso que se dedique a la milonga, que oficie de gigoló, que adquiera cocaína, que responda afirmativamente a una reacción Wasserman, que se patine sus buenos pesos al tatetí al sucio o al diábolo, que se inicie en los secretos del harem o que lleve en las amígdalas la dirección de la Migdal, no creo que se haga merecedor de una recompensa semejante. Sobre la pregunta 9, diré que, a mi parecer, está más acertado el per-



sonaje en cuestión que aquellos otros que se arruinan firmando garantías, cheques en blanco, repartiendo chocolatines, etc., so pretexto que existen falsos ricos. La décima es, indudablemente, la más escabrosa de todas. Creo, sin embargo, que lograré dar algunos consejos adecuados al caso. Ante todo, hay que evitar el dejarse influir por el aspecto exterior del menesteroso. Mendigos he conocido que a pesar de la corrección de su indumentaria, de la impecable de su presencia y de la finura de sus modales, resultaron al fin de cuentas no ser mendigos. Otros, sin embargo, cubiertos de harapos, telas de araña, pelusas y estalactitas que pernoctaban en el caño maestro y cuya presencia despertaba toda clase de sospechas y desconfianzas, a pesar de las apariencias, se comprobó que constituían el grupo más antiguo de pordioseros de la metrópoli. Como martingala para no ser engañado por el numismático de la esquina o el menesteroso a domicilio, recomiendo exigir una radiografía del peritoneo, el píloro o el esófago del peticionante en el momento de la transacción. Si no se nota exceso de materias grasas, vitaminas, legumbres, lombrices solitarias, etc., se está capacitado para donar una miga de pan, una cáscara de banana, un producto adulterado, una carta de presentación o un domicilio falso.

POR

Anímula Vágula

Crúcese de Palabras

★

HORIZONTALES

I — 1 Morfones de legumbres.

II — 1 As. 2 Bares. 3 Miel.

III — 1...o por ce. 2 Sorteábalas. 3 Bajo.

IV — 1 La moabita. 2 Hermanas de loritos. 3 Tiento.

V — 1 Pez y arbusto. 2. Como no. 3 Chirola romana. 4 En Santander.

VI — 1 Ambar. 2 Piano. 3 Caudillo.

VII — 1 Dios tagalo. 2 Azucena. 3 Buen herraje y buen...

VIII — 1 Rodoméleas. 2 Oxígeno. 3 Al margen de la ley.

IX — 1 Respiración dificultosa. 2 En el tute vale once. 3 Arbol del Senegal. 4 Prefectura en el antiguo Egipto.

X — 1 Repetida se usa para arrullar a una provincia de Chile. 2 Pataleta. 3 Rio de Argelia.

XI — 1 Sol egipcio. 2 Hacen tenazas. 3 Afirmación.

XII — 1 Preposición. 2 Pasajeros del Gelria. 3 Partícula negativa. XIII — 1 Hacen almanaques.

VERTICALES

I — Palabra bruja.

II — 1 Cincuenta. 2 Muerte tranquila. 3 Cien.

III — 1 Ninfa convertida en isla. 2 Salir en auto y volver a pie. 3 Militar y escritor portugués del siglo XVI.

IV — 1 Tela y ciudad del Indostán. 2 Natural. 3 Río de la India.

V — 1 Fructífero. 2 Serpiente. 3... poena claudo (Horacio).

VI — 1 Se burló. 2 Cuna de quesos y de notable raza cabruna.

VII — 1 Puerto en la isla de Kinshiu. 2 Acompañado de i, litio. 3 En el tiro.

VIII — 1 Profeta en su tierra. 2 Conferencia del pollo. 3 Se labra y se levanta.

IX — 1 Agua chilena. 2 En el facón de Martín Fierro. 3 Encender.

X — 1... de mar, en Barcelona. 2 Vasco.

XI — 1 Aves. 2 Desemboca en el golfo de Botnia. 3 Conjugación del verbo ser.

XII — 1 Chacó con orejeras. 2 Cubran. 3... de Chera y de Ferrer.

XIII. — 1 ¡Ox! 2 Muy anchas de cintura. 3 Compañero de Vasco de Gama.

XIV — 1 Valía noventa en Roma. 2... y no se toca. 3 Consonante.

XV — 1 Doctrina ... eibnitz.

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV
I	■														■
II		■												■	
III			■										■		
IV				■								■			
V					■			■			■				
VI							■		■						
VII						■				■					
VIII							■		■						
IX					■			■			■				
X				■								■			
XI			■										■		
XII		■												■	
XIII	■														■

Los números romanos indican el orden de las columnas; los números árabes (en las listas), el orden de las palabras en cada columna. (La solución en el próximo número)

Por

Cruz Diablo

Vida de Simple Siempre

★

SIMPLE Siempre, no tenía ningún trabajo, porque trabajar era su vida.

Encontraba natural todo lo que hace la protesta de la humanidad desde la lluvia, el frío y el calor hasta la política de nuestros tiempos; ¡de tantas quejas se haría una sola sonora y eterna!

Así, una tarde de verano, en que un compañero protestando pasaba el pañuelo sobre su frente sudorosa, Simple Siempre le dijo: "¡Pero, hombre, si hace calor!

Así otra vez, uno de los muchachos se quejaba fastidiado de haberse mojado (llovía a toda fuerza) "Si llueve, ¿cómo no vas a mojarte?" El que oía apretaba los puños sin responder; es que sentían que era un hombre bueno.

Un día se revolcaba en la cama por el dolor que le causaba una muela; su compañero, compadecido al verlo sufrir, le dice: "¡Qué horror, amigo!", y él serenamente le replicó: "Sí; está mala".

Lo creían insensible porque era verdadero. Cuando murió su mujer, después de una tremenda y larga enfermedad, los deudos se afligían por su soledad y lamentaban la desgracia. Simple Siempre les dijo: "Yo estoy vivo; los muertos son de la muerte y cada cual en lo que está".

Como era muy metódico, los compañeros de oficina quisieron hacerle una broma y fraguaron una notificación declarándolo cesante. Ellos se decían: "20 años de costumbre... lo va a sacar de quicio".

Esa mañana, puntual como siempre, llegó a la oficina, colgó su sombrero, cambió su saco por el de trabajo y cuando abrió el sobre que había sobre la mesa, se enteró de su cesantía. Sin decir una palabra volvió a la percha, tomó su sombrero, cambió su saco y ya se retiraba cuando dos o tres empleados que estaban observándolo, sorprendidos de su serenidad, se acercaron diciéndole:

—Simple Siempre, ¿qué le pasa? ¿está enfermo? ¿se va?...

—No, soy cesante.

—¿Qué dice? ¡qué injusticia! Un empleado como usted, 20 años de servicio... ¿Qué va a hacer ahora?...

—¿Y? Ahora seré cesante.

No volvían de su asombro al ver que nada le sorprendía y que estaba listo a todo. Arrepentidos, le confesaron lo que habían hecho y él sólo les dijo: "Están engañados al creer que engañan con el engaño".

A más de uno le costó entender lo que había dicho Simple Siempre, pero los que comprendieron no se lo olvidan nunca.

Entre sus compañeros y amigos corrían dichos y cuentos de Simple Siempre.

Una noche, contaba uno de ellos que lo había encontrado al salir del cinematógrafo después de ver un "film" de Marlene Dietrich y a la pregunta que éste le hacía, de si le gustaba como mujer y qué impresión le había hecho tan grande artista, Simple Siempre le contestó:

—No entiendo cómo un alma de artista permite ser repartida por el mundo en latas.

—¿Qué dice Simple Siempre?

—Sí a mi no me gustan las conservas, piense que Marlene Dietrich está jugando al golf o se está probando un chambergo, en el mismo momento en que un público entusiasta ha pagado $2 para verla.

Créame, amigo, las peras de California son más honestas, la que viene en la lata es la misma que Dios puso en el árbol, no es flor mientras nos comemos la fruta.

—Entonces, ¿no le gusta el cine?

—No me gusta porque me queda chico a la imaginación y como juguete es grande en posibilidades para lo chico que abarcamos.

Sobre los viajes tenía también una opinión particular: "para mí viajar cuando el mundo sea todo distinto".

Los empleados tenían su club y querían que se hiciese socio y él contestaba: "Es un vicio darle al músculo más de lo que necesita para su servicio".

En su casa hacía los quehaceres domésticos; lavaba y planchaba su ropa; era prolijo para el arreglo de su cuarto y se hacía la comida sin ninguna fatiga "porque se lo debía a sí mismo".

Los domingos descansaba.

Comía a la hora que tenía ganas y luego salía a caminar. Se sentaba en alguna plaza y miraba la vida de los demás: "Cinematógrafo viviente y palpitante", como decía Simple Siempre. "todos buenos artistas y todos los géneros: comedias y dramas, ficciones de la vida real por realidades de la vida", pensaba.

Concluía la tarde en alguna confitería con varios amigos.

Los atraía por su verdad y ellos creían que por su locura. Lo provocaban de todas maneras: le hacían preguntas sobre todos los temas y Simple Siempre les contestaba menos a sus preguntas qeu a sí mismos. Esto los desconcertaba; en un momento dado ya no sabían quién ganaba a quién.

Veía levantarse de su mesa a unos y a otros con un saludo afectuoso, pretextando apuro por llegar a sus casas o compromisos con otras personas.

Sabía Simple Siempre que de todas maneras el próximo domingo lo volverían a buscar y si alguien le llamaba la atención sobre eso, decía: "Está bien, cada cual está con quien quiere y hasta tanto quiere".

Dispuesto a darse a todos los que acudían a él, su vida significaba mil atenciones distintas y su claridad despejaba las sombras de los demás.

"Se le necesita", decían y no se explicaban cómo otras veces le huían, no lo soportaban. Querían encontrarle defectos para poder comprender lo que sentían y los tenía. Conocerlos no les aclaraba nada, porque también eran simples.

¿Si es de un hombre frío, porque encontraban el calor y el apoyo amigo?

¿Si no era inteligente, por qué le pedían su opinión? ¿Lo sentían en un plano distinto y quizá superior?

Definía Simple Siempre al grande hombre: "por aquel que hace a los demás lo que quiere para sí". Y hablando de las luchas políticas decía: "Es batir un record comercial", y de los políticos comentaba: "buscan el calor del día".

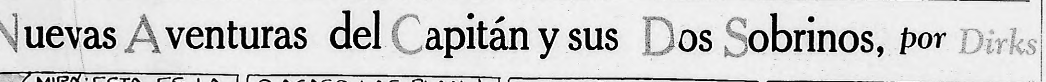
Del amor concretaba su pensamiento en "sabemos que amamos y es todo; no sabemos que nos aman, pero... no importa".

Siguió así su vida hasta que le llegó su hora y oyendo comentar su enfermedad sin esperanza de salvarlo, dijo a sus amigos:

—"Me muero de muerte".

POR

Gra... R...liero











LA MOMIA VIVIENTE





EL CORREO NO AEREO







¡RANGO!









EL CONO

Por G.H. WELLS

ILUSTRACION de R. PARRAGNOLI

LA noche era calurosa y oscura, el cielo ribeteado de rojo por la prolongada puesta del sol de verano. Ellos se sentaban ante la ventana abierta, tratando de imaginarse que el aire estaba más fresco allí. Los árboles del jardín se mantenían tiesos y sombríos: más lejos, en el camino, ardía un farol a gas, desparramando una luz anaranjada sobre el brumoso azul de la noche. Más allá se veían las tres luces de la señal ferroviaria contra el horizonte. El hombre y la mujer hablaban en voz baja.

—¿No sospechará nada? — preguntó el hombre, algo inquieto.

—¡No! — dijo ella bruscamente, como si eso la irritara —. No piensa en otra cosa que en las obras y en los precios del combustible. No tiene imaginación, ni sensibilidad.

—Ninguno de esos hombres de acero las tienen — dijo él, sentenciosamente —. No tienen corazón.

—El no lo tiene — contestó ella, volviendo su rostro descontento hacia la ventana. Un distante y ronco sonido se fué acercando, cada vez más fuerte: la casa entera se conmovió. Ya se oía el metálico zumbar de la máquina. Cuando el tren pasó, se produjo un resplandor en el paisaje y luego lo siguió un espeso penacho de humo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho rectángulos negros — ocho vagones — pasaron a través del profundo gris del terraplén y fueron desapareciendo, uno tras otro, en la garganta del túnel que, una vez que pasó el último, parecía haber tragado tren, humo y sonido de un ansioso bocado.

—Este país fué una vez todo frescura y belleza — dijo el hombre —. Y ahora, es Gehena. Camino abajo, no se encuentra más que calderas y chimeneas lanzando fuego y hollín a la faz del cielo... Pero... ¿qué importa? Ya se aproxima el fin... el fin de toda esta crueldad. Mañana — pronunció la última palabra en un murmullo.

—Mañana — repitió ella en el mismo tono, sin apartar la vista de la ventana.

—¡Querida! — dijo él tomándole las manos.

Ella se volvió con un sobresalto y los ojos de ambos se buscaron. Los de ella se dulcificaron ante la mirada de él — ¡Amor mío! — murmuró: y luego: Parece tan extraño que tú hayas penetrado en mi vida para descubrir...

—¿Para descubrir?...

—Todo este mundo maravilloso — agregó ella, vacilando — Este mundo de amor ante mí.

De repente la puerta chirrió, cerrándose. Volvieron la cabeza, él en forma violenta. En la penumbra de la habitación surgió una gran figura silenciosa. Ellos vieron el rostro en la media luz, un rostro con inexpresivas cejas oscuras. Todos los músculos del cuerpo de Raut se pusieron tensos: ¿Cuándo se había abierto la puerta? ¿Qué habría oído él? ¿Todo? ¿Qué habría visto? Un aluvión de preguntas.

La voz del recién llegado se dejó oir al fin, después de una pausa que pareca interminable. ¿Y bien? — dijo.

—Tenía miedo de no encontrarlo, Harrocks — dijo el hombre de la ventana —. Su voz era insegura.

La pesada figura de Harrocks salió de la sombra. No respondió a la observación de Raut. Permaneció un momento contemplándolos. El corazon de la mujer estaba helado. Le dije a Mr. Raut que era muy posible que volvieras — dijo con voz firme.

Harrocks, aun silencioso, se dejó caer en una silla y cruzó sus grandes manos. Se podía ver el fuego de sus ojos bajo la espesura de las cejas. Estaba tratando de reponerse. Sus ojos iban, de la mujer en quien había confiado, al amigo en quien había confiado y luego otra vez a la mujer.

Los tres casi se habían comprendido ya: sin embargo, ninguno osaba pronunciar una palabra que atenuara la incomodidad de la situación.

Fué la voz del marido la que rompió, por fin, el silencio.

—¿Usted quería verme? — dijo, dirigiéndose a Raut.

Este se sobresaltó — Vine a verlo — dijo, resuelto a mentir hasta el fin.

—Sí — murmuró Harrocks.

—Usted me prometió — continuó Raut — mostrarme algunos de los hermosos efectos producidos por la luz de la luna y el humo.

—Yo prometí mostrarle algunos efectos producidos por la luz de la luna y el humo — repitió Harrocks con voz incolora.

—Y yo pensé que tal vez podría encontrarlo a usted esta noche, antes de que volviera a las obras — prosiguió Raut — e ir con usted.

Hubo otra pausa. ¿Pensaría tomar la cosa fríamente el hombre? ¿Sabía, después de todo? ¿Cuánto tiempo haría que estaba en la habitación? Sin embargo, cuando oyeron la puerta, sus actitudes...

Harrocks miró el perfil de la mujer, pálido en la penumbra. Luego miró a Raut y pareció recobrarse súbitamente. ¡Pero es claro! — dijo —. Yo prometí mostrarle el obraje bajo sus propias condiciones dramáticas. Es raro que lo hubiera olvidado...

—Si lo molesto — comenzó Raut.

Harrocks se sobresaltó otra vez. Una nueva luz se divisaba ahora en la oscuridad de sus ojos. No, en absoluto — dijo.

—¿Le has estado describiendo a Mr. Raut todos esos contrastes de llamas y sombras que consideras tan bonitos? — preguntó la mujer volviéndose hacia su marido por primera vez, sintiendo renacer su confianza. Su voz estaba solamente medio tono más alta. ¡Esa horrible teoría suya de que no existe nada más hermoso que las maquinarias!... Ya verá usted, Mr. Raut. Es su gran teoría, su único descubrimiento artístico.

—Soy muy lento para hacer descubrimientos — dijo Harrocks en forma horrible, dejando aterrada a la mujer. Pero lo que descubro... Se detuvo.

—¿Bien? — dijo ella.

—Nada — contestó Harrocks levantándose —. Le prometí a usteed mostrarle las obras — agregó, dirigiéndose a Raut y colocando su manaza en su hombro — ¿Está dispuesto a ir?

—Enteramente — contestó Raut poniéndose de pie.

Se produjo otro silencio. Cada cual trataba de espiarse en la oscuridad. La mano de Harrocks descansaba aún sobre el hombro del amigo. Raut casi creía que el incidente había sido trivial, después de todo. Pero Mrs. Harrocks conocía mejor a su marido y comprendió el significado de la horrible calma de su voz. La confusión que reinaba en su mente asumió una vaga forma de locura — Muy bién — dijo Harrocks, dejando caer su mano y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Mi sombrero? — Raut miró en torno de la habitación.

—Está en mi costurero — dijo ella, con risa histérica. Sus manos se unieron por detras de la silla. ¡Aquí está! — dijo él. La mujer experimentó el impulso de prevenirlo, en voz baja, pero no pudo pronunciar palabra. "¡No vayas!" y "¡Cuídate de él!" lucharon en su mente y el minuto pasó.

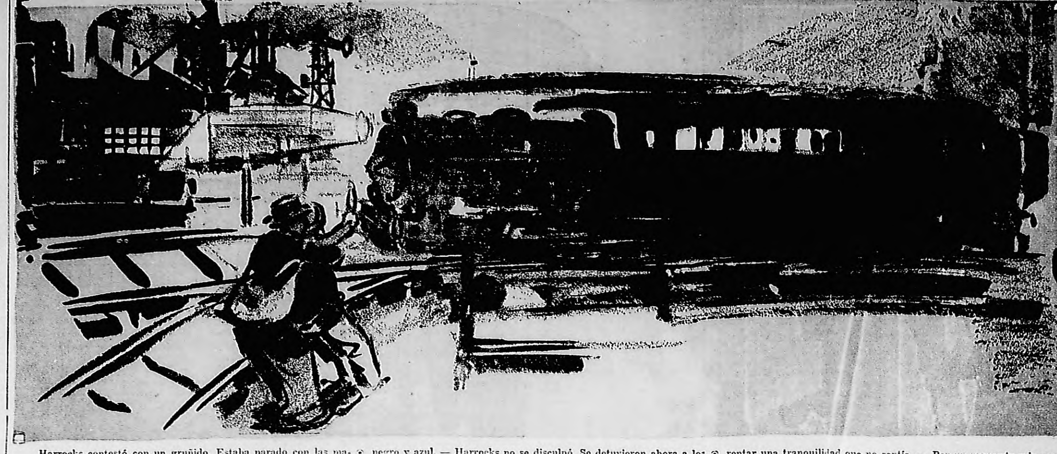
—¿Lo encontró? — preguntó Harrocks, manteniendo la puerta semiabierta. Raut fué hacia él. Es mejor que le diga adiós a la señora — dijo el marido con una calma todavía más terrible.

Raut se extremeció y luego se volvió. Buenas noches, Mrs. Harrocks — dijo — y sus manos se tocaron.

Harrocks sostuvo la puerta abierta con una cortesía poco usual en él con los hombres. El otro salió y entonces, después de una silenciosa mirada a su esposa, Harrocks lo siguió. Ella se mantuvo inmóvil, mientras el paso ligero de Raut y el pesado de su marido, se oían en el pasillo. La puerta de calle se cerró lentamente. Ella fué hacia la ventana y esperó, ansiosa. Los dos hombres aparecieron fugazmente en el camino, pasaron bajo el farol y fueron ocultados por las masas negras de los árboles. La luz iluminó momentáneamente sus rostros, revelando solamente manchas pálidas que no le dijeron nada de lo que aún tenía y se atormentaba nuevamente por saber. Entonces se sentó, abatida, en el gran sillón, los ojos abiertos, fijos en las luces rojas de los hornos, que se reflejaban en el cielo. Una hora después estaba todavía allí, su actitud escasamente cambiada.

La agresiva quietud de la noche gravitaba sobre Raut, que caminaba junto a Harrocks, en silencio. Una niebla azul, mitad humo, mitad hollín, grandes moles grises y negras, delineadas débilmente por las raras manchas doradas de los faroles. Aquí y allá, una ventana iluminada, el amarillo resplandor de alguna fábrica mantenida en actividad hasta tarde, o algún despacho de bebidas. Fuera de las masas, claras y esbeltas contra el cielo, se elevaban las altas chimeneas, casi todas humeantes. Algunas sombras fantásticas mostraban la posición de una hornalla gigantesca o una rueda, grande y negra contra el horizonte rojo. Más cerca estaba la ancha vía del ferrocarril, por donde huían trenes casi invisibles arrojando columnas de humo hacia el cielo. Y a la izquierda, entre la vía férrea y la gran mole del cerro, dominando el paisaje entero, colosales, negrísimos, coronados de humo y caprichosas llamas, se levantaban los enormes cilindros de la Jeddah Company y Blat Furnaces, los edificios centrales de las grandes fundiciones de acero, en donde Harrocks era gerente. Aparecían amenazadores, vomitando llamas, mientras en sus interiores hervía el acero derretido. A sus pies se oía el zumbido de los molinos y el pesado batir del martillo a vapor, que desparramaba al golpear, blancas chispas de acero. Un vagón lleno de combustible fué descargado al interior de uno de los colosos, produciendo una llamarada vivísima y una confusión de humo y hollín que ascendió rápidamente.

—Realmente, se pueden obtener magníficos efectos de color con esos hornos — dijo Raut, rompiendo un silencio que se había tornado incómodo.



Harrocks contestó con un gruñido. Estaba parado con las manos en los bolsillos, contemplando, con el entrecejo arrugado, a la vía férrea y a las obras, como tratando de solucionar un problema intrincado.

Raut lo miró y luego desvió la vista hacia la lejanía. Todavía no se puede obtener el efecto de la luna — continuó — está aún empálidecida por los vestigios del día.

Harrocks lo miró con la expresión de un hombre que ha despertado de pronto. ¿Vestigios del día?... Ah, claro, claro. —. A su vez miró a la luna, descolorida aún en el cielo de verano. —Venga — dijo de repente, y oprimiendo el brazo de Raut, comenzó a caminar a grandes pasos por el sendero que conducía a la vía. Raut forcejeó por retroceder. Los ojos de ambos se encontraron y en un segundo se comunicaron un montón de cosas que los labios se resistían a pronunciar. La mano de Harrocks se cerró aún más y luego aflojó la presión, dejando libre a Raut. Antes de que éste se apercibiera de ello, caminaban tomados del brazo, uno de ellos muy en contra de su voluntad, por el sendero.

—Vea el hermoso efecto de las señales ferroviarias allá hacia Burslem — comenzó Harrocks, tornándose locuaz súbitamente y apretando el codo de Raut—. Pequeñas luces verdes, rojas y blancas, contra la bruma. Usted tiene golpe de vista para estas cosas, Raut. Y mire esos hornos míos cómo se elevan sobre nosotros a medida que bajamos el cerro. Allí, a la derecha, está mi preferido: setenta pies de altura. Lo he cargado yo mismo y por cinco largos años ha hervido alegremente el acero en sus entrañas. Sintiendo una particular predilección por vél. Allá, a la izquierda, ¿ve usted las chispas que produce el martillo?, están los molinos. Oiga cómo repercuten en la tirra los golpes del martillo. ¡Venga!

Tuvo que dejar de hablar para respirar. Su brazo oprimía el de Raut, estrechamente, y descendía el cerro a trancos presurosos y desordenados, como si estuviera poseído. Raut no había pronunciado una palabra: solamente se limitaba a resistir, con todas sus fuerzas, a los tirones de Harrocks.

—¡Dígame! — exclamó al fin, riendo nerviosamente —. ¿Por qué diablos me arrastra en esta forma? ¿Y por qué me oprime tan fuertemente el brazo?

Harrocks lo soltó. Sus maneras cambiaron nuevamente —. ¿Le oprimía el brazo? — dijo —. Lo siento. Pero fué usted quién me enseñó a caminar en esa manera amistosa.

—Todavía no ha aprendido esos refinamientos, entonces — contestó Raut, riendo forzadamente otra vez —. ¡Demonios! Estoy todo negro y azul. — Harrocks no se disculpó. Se detuvieron ahora a los pies del cerro, cerca de la empalizada que rodeaba la vía. Delante de ellos, al lado de la barrera, surgía un letrero que ostentaba la inscripción aún visible de:: "Cuidado con los trenes".

—Bellísimos efectos — dijo Harrocks —. Allí viene un tren. Los penachos de humo, el resplandor, el redondo ojo de luz al frente, el melodioso ronquido. ¡Muy lindo efecto! Pero esos hornos míos eran mucho mejores antes de que arrojáramos conos en sus gargantas, para aprovechar el gas.

—¿Cómo? — preguntó Raut —. ¿Conos?

—Conos, mi amigo, conos. Ya le mostraré uno. Antes, las llamas lanzaban fuera de las gargantas abiertas grandes columnas de humo, durante el día, y nubes de fuego y humo negro y rojo, por la noche. Ahora lo recogemos en tubos y lo hacemos arder para calentar los hornos, cerrando sus bocas con un cono. Yo sé que le interesará ese cono.

—Sin embargo, a veces se contemplan allá arriba, verdaderas explosiones de fuego y humo.

—Es que el cono no está fijo: está sujeto a una palanca por medio de una cadena, y se balancea gracias a un contrapeso. Ya lo verá de cerca. De otra manera, sería imposible arrojar combustible al interior del horno. De vez en cuando, el cono se introduce allí y recoge el vapor y las llamas.

—Ya comprendo — dijo Raut, mirando sobre el hombro. — La luna ya está más brillante — agregó.

—Venga — exclamó Harrocks abruptamente, oprimiendo de nuevo el hombro de Raut y conduciéndolo bruscamente hacia el cruce de la vía. Entonces se produjo uno de esos incidentes, vívidos, pero tan rápidos, que le dejan a uno lleno de dudas. En la mitad del camino, Harrocks, volviéndose de súbito, empujó a Raut con fuerza, haciendo que éste girara sobre sí mismo y quedara de frente a la vía. En eso, una larga cadena luminosa, formada por las ventanillas de los vagones, reverberó ligeramente al avanzar, y las luces rojas y amarillas de la locomotora se agrandaban cada vez más, abalanzándose hacia él. Al comprender lo que ésto significaba se volvió hacia Harrocks y empujó con toda su fuerza el brazo que lo sostenía en medio de los rieles. La lucha no alcanzó a durar un segundo. Así como fué cierto que Harrocks lo sostuviera allí, no lo fué menos el que el mismo lo arrancara violentamente del peligro.

—¡Ya salimos del paso! — dijo Harrocks, respirando aliviado, mientras veía pasar el tren.

—No lo vi venir — contestó con calma Raut, tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía —. Por un momento mis nervios flaquearon. Harrocks se mantuvo inmóvil por un momento y luego, con brusquedad, se volvió hacia las fundiciones de acero. ¡Vea qué hermosos parecen en la oscuridad esos grandes baluartes formados de ladrillos amontonados! ¡Aquel vagón, más lejos, arriba nuestro! Por aquí se va hacia los hornos, pero quiero mostrarle antes el canal. Así diciendo tomó de nuevo el brazo de Raut y caminaron juntos. Raut contestaba con vaguedad a las observaciones del otro. Se preguntaba qué sería lo que verdaderamente había sucedido en la vía férrea. ¿Se estaría atormentando con vanos temores o era que realmente Harrocks había querido arrojarlo al paso del tren? ¿Habría estado a punto de ser asesinado? ¿Y si ese monstruo supiera algo? Por un instante Raut temió seriamente por su vida; pero, ese temor pasó cuando comenzó a razonar. Después de todo, Harrocks podía no haber oído nada. De cualquier manera, lo arrancó a tiempo de la vía. Su proceder extraño se debía, quizás, a los vagos celos que había demostrado una vez. Ahora hablaba del canal. ¿No es cierto? — decía.

—¿El qué? — preguntó Raut —. ¡Ah!... ¡Qué hermoso! La luna entre la niebla.

—Nuestro canal — dijo Harrocks deteniéndose de pronto —. Nuestro canal a la luz de la luna y del fuego produce un hermoso efecto. ¿Nunca lo había visto? ¡Claro que no! ¡Tantas noches que ha perdido vagando por Newcastle! Ya le digo: para efectos bellos... Pero ya verá usted. Agua hirviendo...

A medida que se alejaban de los montones de carbón, ladrillos y minerales, los ruídos del molino resonaban sobre ellos, fuertes, cercanos y distintos. Tres trabajadores pasaron y se llevaron la mano a la gorra al ver a Harrocks. Sus rostros no se distinguían en la oscuridad. Raut experimentó el súbito impulso de dirigirse a ellos, pero antes de que pudiera formular una palabra, se alejaron entre la sombra. Harrocks señalaba ahora el canal que aparecía delante de ellos. Los torrentes de agua que se levantaban hasta cerca de cincuenta yardas, producían una constante sucesión de fantasmas negros y rojos, surgidos de los remolinos, en un incesante movimiento que hacía vacilar la cabeza. Raut se mantenía alejado del borde del canal y observaba a Harrocks.

—Aquí es rojo — decía éste — vapor rojo sangre, tan rojo y ardiente como el pecado; pero más lejos, bajo los rayos de la luna, es tan blanco como la muerte.

Raut volvió la cabeza y luego se apresuró a reanudar su vigilancia sobre Harrocks. Vamos a los molinos — dijo éste —. Las intenciones que Raut creía notar en él, no fueron tan evidentes esta vez y se sintió algo reanimado. Pero, de cualquier modo ¿qué diablos habría querido significar al decir "blanco como la muerte" y "rojo como el pecado"? ¿Coincidencia, quizas?

Llegaron a los molinos, donde, en medio de un incesante estrépito, el martillo automático extraía el jugo del suculento acero, y ennegrecidos y medio desnudos titanes deslizaban las barras, plásticas como cera, entre las ruedas. — Venga — murmuró Harrocks al oído de Raut, conduciéndolo hasta uno de los hornos. Espiando por uno de los pequeños agujeros de vidrio de la parte baja, pudieron contemplar el fuego que crepitaba en el interior. El intenso resplandor los cegó momentáneamente. Luego fueron hacia el ascensor que servía para transportar los vagones cargados de combustible hacia la cima del gran cilindro.

Una vez sobre la estrecha barandilla que se cernía sobre el horno, el temor volvió a asaltar a Raut. ¿Era prudente permanecer allí? ¿Y si Harrocks supiera todo? No pudo impedir un violento temblor. Justo debajo de ellos había una profundidad de setenta pies. Era un sitio peligroso. Tuvieron que empujar un vagón lleno de carbón, para llegar a la baranda que coronaba el lugar. El humo del horno parecía hacer ondular los distantes cerros de Hanley. El canal corría debajo de un puente que no se distinguía y desaparecía en la espesa niebla de Burslem.

—Ese es el cono de que le hablaba — gritó Harrocks —. Y debajo, sesenta pies de metal derretido.

Raut, sosteniéndose fuertemente del pasamanos, miró al cono. El calor era intenso y el hervor del acero acompañaba fragorosamente a la voz de Harrocks. Pero, "aquello" debía haber pasado ahora. Quizás, después de todo...

—En el centro — gritaba Harrocks — hay una temperatura cercana a los mil grados. Si usted fuera arrojado allí... crepitaría entre las llamas como una pizca de pólvora en la llama de una vela. Y ese cono, allá.... La superficie tiene una temperatura de trescientos grados.

—¡Trescientos grados! — exclamó Raut.

—Trescientos centígrados, quise decir. Eso haría hervir su sangre en un segundo.

—¿Eh? — gritó Raut, volviéndose.

—Hervir su sangre en menos de... ¡No! ¡Usted no se irá!

—¡Déjeme! — gritaba Raut —. ¡Suelte mi brazo!

Se asió desesperadamente a la baranda, con una mano y después con las dos. Por un momento los dos hombres estuvieron balanceándose. Luego Harrocks, con un violento empellón, desprendió a Raut de su sostén. Este pegó un manotón, tratando de apoyarse en Harrocks, pero falló y sus pies encontraron el vacío. Cayó retorciéndose en el aire y entonces, mejillas, hombros y rodillas golpearon conjuntamente la candente superficie del cono. Se prendió desesperadamente a la cadena que sujetaba el cono y al hacerlo, éste se hundió imperceptiblemente. Un círculo rojo apareció a su alrededor y una llamarada libertada de entre el caos que reinaba en el interior, ascendió hasta él. Comenzó a sentir un espantoso dolor e las rodillas y pudo percibir el olor a chamuscado que despedían sus manos. Penosamente se puso de pie, tratando de escalar la cadena, y algo le golpeó en la cabeza. Harrocks permanecía en la barandilla, al lado del vagón de combustible, gesticulando y gritando:

—¡Hierve, loco! ¡Hierve, cazador de mujeres! ¡Hierve! ¡Hierve!

De pronto sacó un puñado de carbones del camión y los fué arrojando deliberadamente, uno por uno, a la cabeza de Raut.

—¡Harrocks! —gemía éste— ¡Harrocks!

Sollozando, se asía a la cadena con ambos manos, tratando de escapar al terrible calor del cono. Sus ropas comenzaron a inflamarse y mientras forcejeaba, el cono cayó: una sofocante ola de calor comenzó a rodearlo y tremendas lenguas de fuego se abalanzaron hacia él.

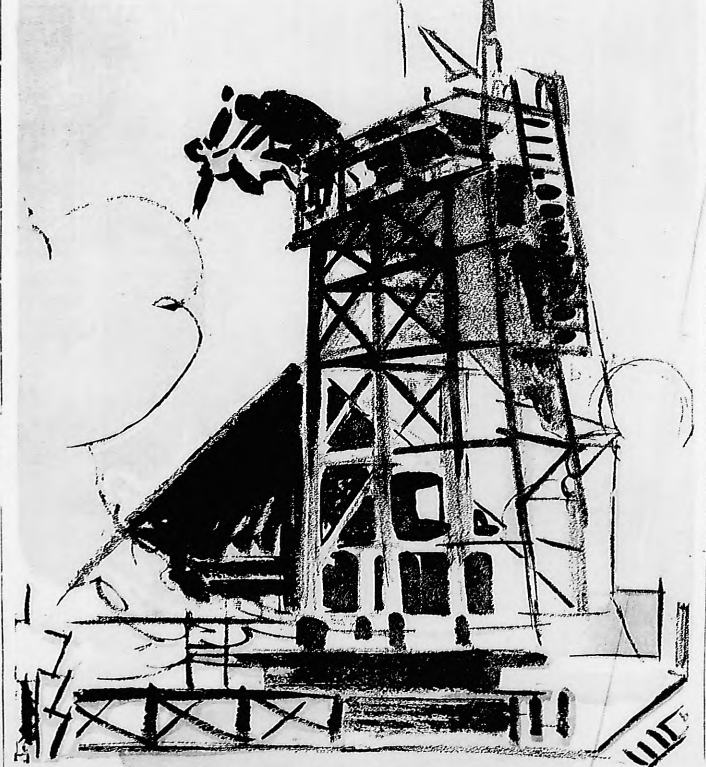
Todo vestigio de apariencia humana había desaparecido de Raut. Cuando el resplandor momentáneo pasó, Harrocks vió una figura ennegrecida y achicharrada, con la cabeza cubierta de sangre, aun luchando en medio de su agonía. Un animal reducido casi a cenizas, una inhumana y monstruosa criatura que comenzó a exhalar un sollozante e intermitente chillido.

A la vista de semejante espectáculo, el odio de Harrocks se fué apaciguando. Un horrible malestar comenzó a invadirlo. El olor de la carne quemada llegaba, penetrante, hasta él y su locura desapareció.

—¡Dios tenga piedad de mí!, gritó. —¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho? Sabía que "la cosa" que aun estaba debajo, aunque se movía y sentía, era ya un hombre muerto, y que toda la sangre estaría hirviendo en las venas. Una inmensa piedad hacia la agonía horrible del desgraciado, comenzó a desalojar de su mente cualquier otro sentimiento. Se detuvo, algo indeciso y luego, volviéndose hacia el vagón, volcó presuroso su contenido sobre lo que una vez había sido un hombre. El chillido cesó y una hirviente confusión de humo, polvo y llamas se levantó hacia él. Cuando pasó, pudo ver el cono, despejado otra vez.

Luego, bamboleándose, volvió a tomarse fuertemente del pasamanos. Sus labios se movieron, pero no pudieron formular una palabra.

Abajo, se oía un rumor de voces y de pasos rápidos. El fragor del molino cesó bruscamente.



«EL OTRO FINAMORE»



SE llamaba Wáshington José Finamore y aquella etiqueta que tan bien se hubiera avenido a la personalidad de un poeta, era la que distinguía a aquel ser que desde hacía doce años era simplemente empleado en una oficina. Durante todo ese tiempo había escrito en números la historia sin detalles de su vida; igual a sí misma e igual a la de otros miles de hombres que en cualquier parte del mundo alineaban como versos las cantidades en los grandes libros de tapas enteladas.

No sentía ninguna inquietud, tampoco ninguna ambición. Había oído decir que él —como muchos otros— era tan sólo una pequeña rueda de una gran máquina que no alcanzaba a imaginarse y como una rueda, hacía años que su vida giraba sobre sí misma sin moverse de su sitio; desde hacía años, durante nueve horas diarias rasgueaba grandes páginas con la uña negra de la pluma, escribía guarismos que no sabía lo que significaban; los sumaba, los ordenaba y pasaba a la página siguiente. Allí, entre esas hojas, había quedado olvidada su juventud como una flor seca.

Hasta en la oficina era un ser anónimo; solamente cada fin de mes, al firmar el recibo de su sueldo, aparecía aquel nombre largo, de una sonoridad hermosa: Wáshington José Finamore. Para él no significaba nada. Habituado a oirlo, lo llevaba con la misma inconsciencia de los que se lo pusieron.

Al salir de la oficina marcó una vez más su número en el reloj de control que dos veces por día lo despedía con un campanillazo burlón. Afuera hacía frío, mucho más frío del que podía detener el sobretodo envejecido que le abrazaba el cuerpo. Como todas las tardes, miró hacia arriba. Parecía que esperara algo del toldo obscuro de la noche. Era ese un movimiento mecánico que había adquirido, como otros muchos. Parado en la esquina, miraba el hilo de agua sucia que corría contra el cordón de la vereda y reflejaba —precisamente a sus pies— las luces de un luminoso que se prendía y se apagaba en un tartamudeo continuo.

Maquinalmente se arregló los anteojos, apretándoles las patillas contra las orejas y siguió andando. Sus piernas se abrían y cerraban lentamente, iban cortando la distancia. A la altura de su cabeza veía pasar una corriente de sonrisas, de miradas tristes y alegres, de rostros contraídos o abiertos, pero no se preocupaba. Marchaba con su pesadez indiferente por la calle que le era tan familiar como las mangas de su saco; andaba por ella con la seguridad de las hormigas que regresan a su cueva.

Mientras pensaba —mejor dicho, recordaba— lo que haría en las horas siguientes. Era noche de miércoles y después de cenar en el hotel donde vivía desde ocho años atrás —después que murió su padre— iría al cine. Entre esas dos cosas, estaba la lectura del diario de la tarde que compraba en ese momento. Detrás del cine venían los veinte detalles que formaban el rito del sueño. Todo como siempre... y al pensar eso, una alegría le inundó el corazón borrándole el frío que estaba sintiendo en todo el cuerpo: Como siempre! La costumbre era su buena nodriza que lo acunaba con regularidad de péndulo. Se sentía feliz pensando que sería siempre así, siempre! Repetía esta palabra como una oración contra los maleficios.

Sentía amor por su vida pálida y como él vestida con un traje humilde y viejo. Es una vida buena —pensaba— sencilla, modesta. ¿Qué más podía pretender? ¿Dónde encontraría una satisfacción mayor? Todo estaba hecho a su medida y no quería desprenderse ni de aquellas manías de soltero, que también eran adornos para sus horas suaves. No se había casado ni se casaría ya; tenía treinta y dos años, pero hacía mucho tiempo que no era joven ni sentía la menor inquietud amorosa. Nunca había tenido amores. Mientras vivió su madre refugió en ella todo su cariño y cuando murió se encontró tan lejos de las mujeres, tan tímido para con ellas, que les huyó. Le daba vergüenza, a los veinticuatro años, no saber cómo tratarlas, encontrarse incómodo a su lado y procuró no tener que estar frente a ellas.

Muchas veces sostenía largos monólogos en silencio, pasaba balance a su vida y quedaba satisfecho: Así era mejor. Los demás no le interesaban. Hacía mucho tiempo que ni siquiera sabía que existían; le parecían sombras imprecisas a las que oía hablar sin escucharlas. No se preocupaba por ellos. Cuando querían arrastralo a sus problemas, él se arrollaba en sí mismo y aumentaba las espinas de su indiferencia. Pero eso casi nunca sucedía porque nadie se preocupaba por él ni lo buscaban; lo dejaban quieto.

Subía la escalera de madera del hotel de tercer orden —tal vez de cuarto— donde vivía. Cada escalón tenía dos pozos gemelos: eran las huellas de los pies que habían grabado aquellas concavidades a fuerza de marchar sobre ellos. En el codo que formaba en la mitad la escalera, una lamparilla eléctrica lanzaba una luz tan mortecina que parecía más que una lámpara una perilla de cobre. Al llegar a los últimos escalones, tosió con aquella tos seca que acudía a recibirlo como un perro. Fué primero a su habitación, después al comedor, en cuya entrada hizo un saludo general. El único mozo que servía todas las mesas, le dijo:

—Qué tal, don Wáshington? ¿Qué novedades hay?

—Ninguna.

Después de la cena se sentó de través, cruzó las piernas y se puso a leer su diario mientras tomaba el café sin azúcar a pequeños sorbos. Leía solamente el editorial, las notas de policía y las noticias del exterior; todo lo demás no le interesaba y en el fondo eso tampoco, pero no dejaba nunca de enterarse.

"Un crimen espantoso..." "No debe aceptarse la propuesta del ferrocarril", "Los armamentos preocupan, etc."... Pero de pronto encontró una cosa curiosa: en una de las páginas de telegramas leyó el siguiente título, que impreso en grandes carácteres abarcaba toda la página: "Wáshington José Finamore cruzó el océano". Sus mismos nombres y apellido "cruzó el océano"... Era realmente notable y con una curiosidad que rara vez había sentido, comenzó a leer todos los detalles.

Se hablaba mucho de aquel hecho: había sido una empresa temeraria llevaba a cabo por un hombre de treinta años, un aviador europeo que solo, enteramente solo y con un aparato pequeño, se había lanzado sobre la inmensidad y dominado a los elementos. Los detalles de la hazaña dibujaban la lucha titánica entre él y todas las dificultades que erizaron su camino. Había marchado por el tunel invisible cavado en el aire por su máquina, llevando a cabo la



proeza con la fuerza enorme que irradiaba de él. En otra parte se hablaba de su vida aventurera: cómo de una posición humilde, desde un punto desconocido, había llegado a ser un héroe.

Toda su vida estaba relatada en aquellos telegramas que se amontonaban uno debajo del otoo formando un pedestal para el gran hombre. No había fotografías porque su hazaña era cosa de ese mismo día. Hasta ayer había vivido ignorado, luchando y subiendo sin llamar sobre sí la atención universal; hoy aparecía glorificado.

Wáshington leía con toda atención. Era muy raro y por todas partes encontraba repetido el nombre: Wáshington José Finamore... Era muy raro. A pesar de que era su homónimo, sabía que no era pariente suyo; era otra sangre, otra raza; solamente la coincidencia de aquel nombre completamente igual, letra por letra. ¡Verdaderamente extraño! Por un instante tuvo un pensamiento extravagante: Si hubiera sido él...

A la mañana siguiente oyó su nombre... No, el nombre del otro, voceado por los vendedores de periódicos. Compró uno, cosa que no hacía nunca a esas horas y leyó el montón de detalles del hombre del día. Su hazaña tenía una enorme importancia: un rey lo recibía en su palacio, se le colmaba de honores, le daban toda clase de títulos y el mundo entero exhalaba aquel nombre en ese momento: su nombre. No podía dejar de pensarlo. Sabía que era una tontería, pero realmente le había impresionado aquella coincidencia.

Al entrar en el edificio donde estaba su oficina y oir el saludo del ascensorista: —Buenos días, señor Finamore — se sorprendió como si no le hablaran a él, porque aquel puñado de sonidos ahora significaba algo distinto, significaba mucho... Casi en seguida empezó la cosa.

Uno cualquiera recordó que él se llamaba lo mismo que el héroe y lo dijo en voz alta, lanzando la primer onda del asombro; Otros notaron en seguida lo mismo y se comentó en toda la casa el acontecimiento: Finamore se llamaba igual, exactamente igual que aquel Finamore. Wáshington había despertado la atención y cayeron sobre él todos sus compañeros.

Brotó el manantial de las vulgaridades, de las insistencias. Con esa inconsciencia de los que viven aplastados, vencidos, con la monotonía de los nadie, lo inundaron de un humorismo gris, pesado y pegajoso.

—¿Vd. no vuela, Finamore?... ¿Es cierto que esa travesía la hizo el último domingo, aprovechando el descanso?... —Otra vez no se lo tenga tan callado, ¡Qué Finamore este!... ¿No sabe que tenemos un héroe aquí, en la oficina? Sí, ¡Finamore!

¡Finamore, Finamore, Finamore, Finamore!

El, él era Finamore. Los mismos jefes lo mandaron llamar para felicitarlo. De pie ante los escritorios lujosos y pesados de donde emergían sus bustos como si fueran monumentos vivos, tuvo que escuchar la misma broma estúpida que desde hacía horas, días, le decían sus compañeros, y tenía que reirse por respeto, hacer como que lo sorprendían con aquella muestra de ingenio que le lanzaban contra la cara junto con el humo de sus cigarros...

Lo atormentaban. Toda su tranquilidad amasada en la sombra había explotado, no le quedaba ni un instante de ella. Se decía su nombre con cualquier pretexto, se le llamaba por el solo gusto de ver cómo levantaba la cabeza al oir el nombre que le pertenecía. Para todos era gracioso que él tuviera el mismo nombre del otro, pero no pensaban que ese era también el suyo, su propio nombre, y que él era tan Finamore como el héroe. No. Se decía: Se llama como Finamore.

Los clientes de la oficina lo conocieron. Se le exhibió ante ellos como un fenómeno, se le hizo ir a hablar, a explicar cómo se llamaba así y hasta por qué... Lo acosaban.

Y lo mismo, peor aun, en su casa. Allí insistían mucho más. Se sentaban a su mesa para conversarle, para preguntar por milésima vez si era hermano de aquél, si lo conocía, si sabía algo. Por momentos creía que iba a volverse loco, él, que nunca había sentido el menor disturbio nervioso, que siempre fué tan calmo. Se contenía, contestaba bien, si no se atrevía a gritar era porque no tenía valor suficiente y esa pasividad lo hacía sufrir más.

Llegó a sentir odio por todo el mundo. La gente que antes le era indiferente ahora le repugnaba. Su sangre hervía por aquel suplicio constante, renovado a cada minuto, a que lo sometían todos con una insistencia de insectos. ¿Qué podía hacer? Eran muchos.

Pasaba los días enloquecido. Por la calle iba huyendo. Subía a su habitación apresuradamente, sofocado. Allí se encerraba con llave y esperaba durante largo rato que la sangre volviera a circular normalmente. Recién entonces podía salir para sentarse a la mesa, para empezar de nuevo... ¡Estaba en el infierno!

★

En plena neurastenia, no había notado que tan sólo llevaba vividos tres días de aquella manera. Una mañana apareció en la oficina un periodista. Se había enterado del extraño caso de aquel homónimo y venía a entrevistarlo. Los dejaron solos en una salita de la gerencia. (Era propaganda para la casa). El repórter lo interrogó concienzudamente. Empezó como todos, por preguntar si había algún parentesco entre él y el héroe. Decepcionado al saber que no podía obtener ningún dato, buscó otro camino: Su biografía; que contara su vida para publicarla como una cosa curiosa. Le explicó que sería "El otro Finamore"; se establecería un paralelo entre los dos, etc.

Wáshington, para que lo dejara tranquilo, para terminar de una vez aquel martirio nuevo, contestó a todas las preguntas. Desnudó su existencia avergonzándose de ese examen en el que se llevaban, pedazo a pedazo, lo que había sido de él solo. Habló sin darse cuenta, obsesionado por el deseo de quedar libre, de poder volver a la isla de su mesa de trabajo y al fin, cuando estuvo completamente vacío de interés para el periodista, lo consiguió. Antes de irse le sacó una fotografía.

Se sentía cansado, con una fatiga que le daba sueño. Enfrente suyo las páginas blancas de los libros, aquellas páginas por las que había andado sobre los rieles suaves de la rutina, le eran ahora desconocidas, lo inquietaban, les tenía miedo también a ellas, lagos rectangulares que durante tanto tiempo se habían reflejado en sus ojos.

Al día siguiente, de noche, leyó la crónica en que lo mencionaban. El repórter había sabido mostrarlo bien y la nota era cortante, lo humillaba. Su fotografía estaba al lado de la del otro, de la del grande y así resaltaban más sus rasgos vulgares, sus ojos asustados frente a la máquina, aquella corbata raquítica y toda su cabeza fea y un poco estúpida en la expresión sorprendida, frente a los rasgos firmes del aviador. El otro era un hombre que parecía ser no dos años, sino diez, más joven. La vulgaridad lo había gastado como un esmeril impalpable.

Dolorosamente iba leyendo todo lo que decían de él. Su vida sin relieve aparecía mas hundida aun al compararse con la del otro. Resaltaban las diferencias, se marcaban sus ridiculeces de hombre tímido, su deseo de estar solo, su vulgaridad, la chatura de su alma, todo, todo estaba allí despiadadamente dicho, sin un atenuante, sin un poco de simpatía. Era un infeliz, un pobre infeliz. Todo aparecía ahora claro: al lado de la vida de un verdadero hombre, la suya era un gemido imperceptible, un miserable puñado arrojado a un rincón terriblemente obscuro.

Se tiró sobre la cama a llorar... El que no había vertido una lágrima después de la niñez, se agitaba en un sollozo incontenible, profundo, que venía desde las más grandes distancias de su corazón y llegaba desgarrándolo. Lloraba con una angustia inmensa, como si quisiera colmar de lágrimas todo ese horroroso vacío que le mostraban fríamente, sin piedad... Lloraba porque él no era un héroe ni era nada, porque aquella mentira que se había creado prolijamente estaba deshecha, pisoteada por los demás, sus enemigos.

La verdad que se había ocultado durante toda su vida y que creía poder acallar hasta la muerte, surgía con su entera crueldad y le picoteaba el alma. ¡Si al menos viviera su madre! Ella podría engañarlo, alcanzarle las razones pueriles, que a él le bastarían... No podía soportar la compañía del fantasma de su vida sin porvenir, sin pasado, sin nada. Todo se había quemado. ¿Por qué? ¿Por qué no había sido grande como el otro? ¿De quién era la culpa? Suya no; él no tuvo nunca más fuerzas que aquellas. Entonces, ¿por qué lo habían llevado hasta la luz? Y las preguntas se abrían en círculos concéntricos cada vez más amplios.

"El otro Finamore"... El suyo era un nombre sin sentido, un rótulo pegado sobre un frasco vacío. Sufría, se exprimía en un dolor que lo tiraba cada vez más abajo con su peso. Cierto que nunca había sido nada, pero al menos era feliz, tenía aquella felicidad que envidia y desea la gente vulgar. El se había podido crear aquella dicha tan pequeña que no molestaba a nadie, en muchos años de labor paciente y ahora una casualidad burlona, una coincidencia se lo llevaba todo y para siempre, porque ahora sabía y no podría olvidar.

Estaba ridículo con sus lentes medio caídos, colgándole de una oreja, con la nariz roja y los ojos hinchados, con la cara mojada y sucia de lágrimas. El fuelle aplastado de su pecho se movía desordenadamente y todo él llovía en lágrimas interminables. El dolor era cada vez mas grande, bajaba más hondo a morder lo que aun quedaba sano, a quemar con el recuerdo de su inutilidad total hasta el retoño de la esperanza.

Sufría horriblemente con la fuerza acumulada de toda su vida sin emociones, aquella sumada capacidad de dolor era la que recibía ahora, sin dejar desbordar ni una gota, esa pena inacabable. Sufría más de lo que podía sufrir y le parecía ver que el dolor salía por todo su cuerpo en puntas de hierro. Estaba hueco ya y adentro suyo saltaba un fuego que lo devoraba poco a poco. Sólo quedaba una cáscara débil a punto de estallar. Ni siquiera pensaba en su madre: eso también había ardido.

★

A la mañana siguiente lo encontraron muerto. Se había envenenado.

El entierro fué insignificante, como había sido él; lo pagaron sus patrones con el sueldo que quedó sin cobrar. Lo acompañaban solamente tres compañeros, empleados de la misma oficina.

Al hacer la anotación en el cementerio, antes de sembrar su cuerpo, el empleado preguntó, sonriendo:

—Wáshington José Finamore... ¿Es el aviador?

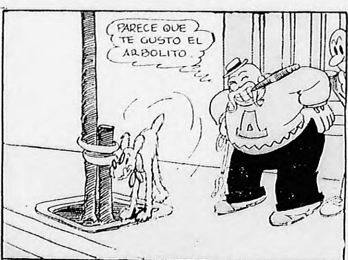
OSCAR LUIS MASSA

ILUSTRACION DE GUIDA

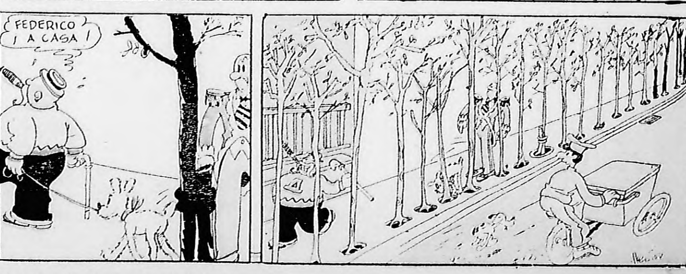
El Nuevo Rico ★ por Héctor Rodríguez











El gato que andaba a su antojo

ATIENDE y oye y escucha, porque esto ocurrió y sucedió y pasó, y fué, oh mi queridísimo, cuando los animales mansos eran salvajes. Perro era salvaje, y así también Caballo, y Vaca, y Oveja, y Chancho, tan salvajes como podía serse, y andaban por la salvaje selva húmeda. Pero el más salvaje de los animales salvajes era el Gato. Andaba a su antojo, y cualquier lugar le era igual.

Por supuesto que Hombre era también salvaje, tremendamente salvaje. Ni había empezado a ser manso, cuando encontró a Mujer, la que le dijo que no gustaba vivir con esos modos salvajes de él. Ella se escogió una buena cueva seca para acostarse, en vez de un montón de hojas húmedas; y desparramó arena en el suelo; y colgó un cuero de caballo salvaje, con la cola para abajo, a través de la abertura de la cueva; y dijo: "Límpiate los pies, querido, cuando entres, y ahora tendremos una casa".

Esa noche, queridísimo, comieron oveja salvaje asada en piedras calientes, sazonada con ajo y pimienta salvajes; y caracú de buey salvaje, y cerezas salvajes. Luego Hombre fué a dormir frente al fuego, tan feliz; pero Mujer quedó despierta, peinándose. Tomó una paletilla de oveja, el hueso pelado, y le miró las extrañas marcas, y echó más leña al fuego, e hizo una magia.

Hizo la primer magia de encanto en el mundo.

Fuera, por la salvaje selva húmeda, todos los animales salvajes se juntaron donde podían ver el fuego desde lejos, y cavilaban qué sería eso.

Entonces Caballo salvaje pateó el suelo con sus salvaje pata, y dijo: "Oh, amigos míos, y oh, enemigos míos, ¿por qué Hombre y Mujer hicieron esa gran luz en esa gran cueva, y qué daño nos hará?"

Perro salvaje levantó su salvaje hocico y olió el olor de oveja asada, y dijo:

"Iré a ver y mirar y decir, pues creo que eso es bueno. Gato, ven conmigo".

"¡Que no!", dijo Gato. "Soy Gato, que ando a mi antojo, y cualquier lugar me es igual".

"Entonces nunca más seremos amigos otra vez", dijo Perro salvaje, y se fué trotando hacia la cueva. Pero cuando se había alejado algo, Gato se dijo: "Cualquier lugar me es igual. ¿Por qué no ir también, y ver y mirar e irme a mi antojo?". Así que se deslizó tras Perro salvaje, muy, muy cauto, y se ocultó donde podía oir todo.

Cuando Perro salvaje llegó a la boca de la cueva, alzó el cuero seco de Caballo salvaje con su hocino y oliscó el sabroso olor de oveja asada, y Mujer, que miraba en la paletilla, lo oyó, y rió, y dijo:

"Aquí viene el primero. Ente salvaje de la salvaje selva, ¿qué quieres?"

Perro salvaje dijo: "Oh mi enemiga y mujer de mi enemigo, ¿qué es eso que huele tan bien en la salvaje selva?".

Entonces Mujer tomó un hueso de oveja asada y lo tiró al Perro salvaje, y dijo: "Ente salvaje de la salvaje selva, corta y prueba". Perro salvaje royó el hueso que era más delicado que todo lo que había catado y probado antes, y dijo: "Oh mi enemiga y mujer de mi enemigo, dame más". Mujer, dijo: "Ente salvaje de la salvaje selva, ayuda a mi Hombre a cazar, de día, y cuida esta cueva, de noche, y te daré tantos huesos de asado como quieras".

"¡Ah!" — dijo Gato que oía. "Esta es muy sabia Mujer, pero no tanto como yo".

Perro salvaje entró, reptó hasta Mujer y posó la cabeza en su regazo, y dijo: "Oh mi enemiga y mujer de mi enemigo, ayudaré a tu Hombre a cazar, de día, y cuidaré tu cueva, de noche".

"¡Ah!", — dijo Gato que oía — "muy tonto es aquel Perro". Y retornó por la salvaje selva húmeda, coleando en su salvaje soledad. Pero no lo contó nunca a nadie.

Cuando Hombre despertó, dijo: "¿Qué hace aquí Perro salvaje?" Y mujer dijo: "Su nombre no es más Perro salvaje, sino Primer Amigo, porque será nuestro amigo siempre y siempre y siempre. Llévalo contigo a cazar".

La noche siguiente Mujer cortó grandes brazadas verdes de pasto fresco del pantano, y lo secó ante el fuego, así que olía como heno recién cortado, y se sentó en la boca de la cueva y trenzó un cabestro de cuero de caballo, y miró en la paletilla de oveja, e hizo una magia. Hizo la segunda magia de encanto en el mundo. Fuera, por la salvaje selva húmeda, todos los animales salvajes se juntaron donde podían ver fuego desde lejos, y cavilaron qué había ocurrido a Perro salvaje, y al fin Caballo salvaje pateó el suelo con su salvaje pata y dijo: "Iré a ver y mirar y decir por qué Perro salvaje no ha vuelto. Gato, ven conmigo".

"¡Que nó!" — dijo Gato —. "Soy Gato, que ando a mi antojo, y cualquier lugar me es igual" Pero lo mismo siguió a Caballo salvaje, muy muy cauto, y se ocultó donde podía oir todo.

Cuando Mujer oyó a Caballo salvaje tropezándose y pisándose la larga crin, rió y dijo: "Aquí viene el segundo. Ente salvaje de la Salvaje Selva, ¿qué quieres?"

Caballo salvaje dijo: "Oh, mi enemiga y mujer de mi enemigo, ¿dónde está Perro salvaje?"

Mujer rió, alzó la paletilla, y miró en ella y dijo: "Ente salvaje de la salvaje selva, no vinistes aquí por Perro salvaje, sino por este buen pasto".

Y Caballo salvaje, tropezando y pisando su larga crin, dijo: "Es verdad, dámelo que lo coma"

Entonces Mujer dijo: "Ente salvaje de la salvaje selva, inclina tu salvaje testa y usa lo que te doy, y comerás el espléndido pasto tres veces por día".

"¡Ah!", — dijo Gato que oía — "esta es muy sabia Mujer, pero no tanto como yo".

Caballo salvaje, inclinó su salvaje testa, y Mujer le puso el cabestro, y Caballo salvaje respiró sobre los pies de Mujer y dijo: "¡Oh, mi dueña, y Mujer de mi dueño, seré tu servidor, por el espléndido pasto".

"¡Ah!", — dijo Gato que oía — muy tonto es aquel caballo". Y retornó por la salvaje selva húmeda, coleando su salvaje soledad. Pero no lo contó nunca a nadie.

Cuando Hombre y Perro volvieron de cazar, Hombre dijo: "¿Qué hace aquí Caballo salvaje?" Y mujer dijo: "Su nombre no es más Caballo salvaje, sino Primer Servidor, porque nos llevará de un lugar a otro, siempre y siempre y siempre. Monta en su lomo cuando vayas a cazar".

El día siguiente, cuidando su salvaje testa para que sus salvajes cuernos no se engancharan en los salvajes árboles, Vaca salvaje llegó a la cueva; y Gato dijo las mismas cosas que antes; y cuando Vaca salvaje hubo prometido dar su leche a Mujer todos los días en cambio del espléndido pasto, Gato retornó por la salvaje soledad, lo mismo que antes. Pero no lo contó nunca a nadie. Y cuando Hombre y Perro volvieron de cazar y preguntaron lo mismo que antes, Mujer dijo: "Su nombre no es más Vaca salvaje, sino Dadora de buen alimento. Nos dará su tibia y blanca leche, siempre y siempre y siempre, y yo la cuidaré cuando tú y Primer Amigo y Primer Servidor vais de caza"

El día siguiente Gato esperó para ver si algún otro Ente salvaje iría a la cueva, pero nadie se movió en la salvaje selva húmeda, así que Gato fué solo; y vió a Mujer ordeñando a Vaca, y vió la luz del fuego en la cueva, y olió el olor de la tibia y blanca leche.

Gato dijo: "Oh, mi enemiga y mujer de mi enemigo, ¿a dónde fué Vaca salvaje?

Mujer rió y dijo: "Ente salvaje de la salvaje selva, retorna a la selva, pues ya me peiné, y guardé la paletilla mágica, y no necesitamos más amigos, ni más servidores en nuestra cueva".

Gato dijo: "No soy amigo, y no soy servidor. Soy Gato, que ando a mi antojo, y deseo entrar a tu cueva".

Mujer dijo: "¿Por qué no viniste con Primer Amigo la primer noche?".

Gato se enojó mucho y dijo: "¿Habló mal de mí Perro salvaje?"

Entonces Mujer rió y, dijo: "Eres Gato, que anda a su antojo, y cualquier lugar te es igual. No eres mi amigo ni servidor. Lo has dicho tú mismo. Vete y anda igual por cualquier otro lugar".

Entonces Gato fingió afligirse y dijo: "No podré nunca entrar en la cueva, ni sentarme al fuego, ni beber la tibia y blanca leche? Eres muy sabia y muy bella. No deberías ser cruel, ni con un gato".

Mujer dijo: "Ya sabía yo que era sabia, pero no sabía que era bella. Así que haré un trato contigo. Si alguna vez digo una palabra en tu elogio, podrás entrar en la cueva.

"¿Y si dices dos palabras en mi elogio?" — dijo Gato.

"Nunca las diré", — dijo Mujer — "pero si las dijo, podrás sentarte al fuego".

"¿Y si dices tres palabras? — dijo Gato.

"Nunca las diré", — dijo Mujer — "pero si las digo, podrás beber la tibia y blanca leche, tres veces por día, siempre y siempre y siempre".

Entonces Gato arqueó el lomo, y dijo: "Ahora, que la cortina en la boca de la cueva, y el fuego al fondo de la cueva, y las ollas de leche al lado del fuego, recuerden lo que mi enemiga y mujer de mi enemigo ha dicho". Y se fué por la salvaje selva húmeda, coleando en su salvaje soledad.

Esa noche, cuando Hombre y Perro y Caballo volvieron de cazar, Mujer no contó nada del trato hecho con Gato, porque temía que no les gustara.

Gato fué lejos y muy lejos, y se ocultó en la salvaje selva húmeda en su salvaje soledad, mucho tiempo, hasta que Mujer lo olvidó del todo. Sólo Murciélago, el colgado cabeza abajo en la cueva, sabía dónde se ocultaba Gato; y todas las noches Murciélago volaba hasta Gato con las noticias del día.

Una noche Murciélago dijo: "Hay un nene en la cueva. Es nuevo y rosco y gordo y chico, y mujer lo quiere mucho".

"¡Ah!" — dijo Gato, que oía — "¿y el nene qué quiere?"

"Quiere lo que es suave y hace cosquillas" — dijo Murciélago —. "Quiere cosas tibias para tener en brazos cuando se duerme. Quiere que jueguen con él. Quiere todas esas cosas".



"¡Ah!", — dijo Gato, que oía, — entonces llegó mi hora".

La noche siguiente Gato caminó por la salvaje selva húmeda y se escondió muy cerca de la cueva hasta la mañana, en que Hombre y Perro y Caballo se fueron a cazar. Mujer estaba muy ocupada con la cocina esa mañana, y Nene lloraba e interrumpía. Así que ella lo sacó fuera y le dió un puñado de guijas para que jugara. Pero Nene seguía llorando.

Entonces Gato alzó su pata de felpa y acarició a Nene en la mejilla, y Nene arrulló; y Gato frotó contra las gordas rodillitas de Nene y lo cosquilleó bajo la gorda barbita con su cola y Nene rió. Y Mujer oyó y sonrió.

Entonces Murciélago, el pequeño murciélago, colgado cabeza abajo en la cueva, dijo: "Oh mi dueña de casa, un Ente salvaje de la salvaje selva está jugando tan lindamente con tu Nene".

"Sea bendito ese Ente salvaje, quienquiera que sea", — dijo Mujer irguiendo su espalda — "pues estaba tan ocupada esta mañana, y me hizo un servicio".

Ese mismo minuto y segundo, mi queridísimo, la cortina de cuero de caballo, que colgaba, cola para abajo, en la boca de la cueva, cayó, ¡catapún!, pues recordó el trato hecho con Gato; y cuando Mujer fué a alzarla — ¡mira y ve! — Gato estaba sentado muy confortable en la cueva. "Oh, mi enemiga y mujer de mi enemigo y madre de mi enemigo", — dijo Gato — "soy yo: pues hablaste una palabra en mi elogio, y ahora puedo sentarme dentro de la cueva siempre y siempre y siempre. Pero sigo siendo Gato, que anda a su antojo, y cualquier lugar me es igual".

Mujer se enojó mucho, y apretó los labios, pero no dijo nada, y entró a Nene a la cueva.

"Ahora", — dijo Gato — "cantaré a Nene un canto que lo tendría dormido una hora"

Y le empezó a hacer su ronrón, fuerte y débil, alto y bajo, hasta que Nene se durmió, con Gato en los brazos.

Mujer sonrió mirando a los dos, y dijo: "Fué una maravilla eso. No hay duda que eres muy ducho ¡Oh Gato!"

Ese mismo minuto y segundo, mi queridísimo, el humo del fuego en el fondo de la cueva bajó del techo en nubes: ¡puf!, pues recordó el trato hecho con Gato; y cuando se disipó — ¡mira y ve! — Gato estaba sentado muy confortable junto al fuego.

"Oh enemiga y mujer de mi enemigo y madre de mi enemigo", — dijo Gato — "soy yo: pues hablaste una segunda palabra en mi elogio, y ahora puedo sentarme junto al caliente fuego en el fondo de la cueva, siempre y siempre y siempre. Pero sigo siendo Gato, que ando a mi antojo, y cualquier lugar me es igual".

Entonces Mujer se puso muy furiosa, y se deshizo el peinado y puso más leña al fuego y sacó la paletilla de oveja y empezó una magia que le impidiera decir una tercera palabra en elogio de Gato. No era una magia de encanto, mi queridísimo, sino una magia de silencio; y poco a poco la cueva se silenció tanto que una lauchita chiquitita salió de un rincón y corrió por el suelo.

"Oh mi enemiga y mujer de mi enemigo y madre de mi enemigo", — dijo Gato — "¿esta lauchita es parte de tu magia?"

"¡Oh! ¡Ah! ¡No, no!" — gritó Mujer, y dejó caer la paletilla de oveja y saltó encima del banquito junto al fuego y se arrolló el cabello en seguida de miedo que la lauchita subiera por él.

"¡Ah!", — dijo Gato, que observaba — "¿entonces no me hará daño la laucha si me la como?"

"No", — dijo Mujer, sujetando su cabello — "cómetela pronto y te daré gracias".

Gato dió un salto y atrapó la lauchita, y Mujer dijo: "Mil gracias. Ni el Primer Amigo es tan ágil como tú. Eres muy ducho".

Ese mismo momento y segundo, mi queridísimo, la olla de leche que estaba junto al fuego se rajó en dos, ¡uffffft!; pues recordó el trato hecho con Gato; y cuando Mujer saltó del banquito abajo — ¡mira y ve! — Gato estaba lamiendo la tibia y blanca leche que quedaba en un pedazo de olla.

"Oh, mi enemiga y mujer de mi enemigo y madre de mi enemigo", — dijo Gato — "soy yo; pues hablastes tres palabras en mi elogio, y ahora puedo beber la tibia y blanca leche, tres veces por día, siempre y siempre y siempre. Pero sigo siendo Gato, que ando a mi antojo, y cualquier lugar me es igual".

Entonces Mujer rió y puso ante Gato una taza de tibia y blanca leche y dijo: "Oh, Gato, eres tan ducho como un hombre, pero recuerda que no trataste ni con Hombre y con Perro, y no sé que harán ellos cuando vuelvan".

"¡Qué me importa!, — dijo Gato — "si tengo mi lugar en la cueva, junto al fuego, y mi tibia y blanca leche tres veces por día, me es igual lo que hagan Hombre y Perro".

Esa noche, cuando Hombre y Perro volvieron a la cueva, Mujer les contó todo el cuento del trato, mientras Gato, junto al fuego, sonreía. Entonces Hombre dijo: "Sí, pero no trató conmigo ni con todos los hombres de verdad después de mí". Luego se sacó sus dos botas de cuero y tomó su hachita de piedra (que hacen tres cosas), y trajo un bastón y un cuchillo de piedra (que hacen cinco cosas en total), y las puso en fila, y dijo: "Ahora hagamos nuestro trato. Si no cazas ratones cuando estés en la cueva, siempre y siempre y siempre, te tiraré encima estas cinco cosas en cuanto te vea, y así harán todos los hombres de verdad después de mí".

"¡Ah!", — dijo Mujer, que oía, — "este Gato es ducho, pero mi hombre es sabio".

Gato contó las cinco cosas (y le parecieron muy dudosas), y dijo: "Cazaré ratones cuando esté en la cueva, siempre y siempre y siempre. Pero sigo siendo Gato, que ando a mi antojo, y cualquier lugar me es igual".

"Pero no cuando esté yo cerca", — dijo Hombre —. "Si no hubieras dicho lo último hubiera apartado estas cosas para siempre y siempre y siempre; pero ahora te voy a tirar mis dos botas y mi hachita (que hacen tres cosas), en cuanto te vea. Y así harán todos los Hombres de verdad después de mí".

Entonces Perro dijo: "Espera un minuto. No trató conmigo ni con todos los Perros de verdad después de mí". Y mostró los dientes y dijo: "Si no eres bueno con Nene mientras yo esté en la cueva, siempre y siempre y siempre, te perseguiré hasta que te agarre, y cuando te agarre te morderé. Y así harán todos los perros de verdad después de mí".

"¡Ah!", — dijo Mujer, que oía, — "este Gato es muy ducho, pero no tanto como Perro".

Gato contó los dientes de Perro (y le parecieron muy agudos), y dijo: "Seré bueno con Nene mientras esté en la cueva, si no me jala demasiado del rabo, siempre y siempre y siempre. Pero sigo siendo Gato, que ando a mi antojo y cualquier lugar me es igual".

"Pero cuando esté yo cerca", — dijo Perro — "si no hubieras dicho lo último me habría callado siempre y siempre y siempre; pero ahora te perseguiré hasta un árbol, ¡upa!, en cuanto te vea. Y así harán todos los Perros de verdad después de mí"

Entonces Hombre tiró sus dos botas y su hachita de piedra (que hacen trees cosas) a Gato, y Gato huyó de la cueva con Perro detrás, hasta un árbol y ¡upa!; y desde ese día, mi queridísimo, tres Hombres de verdad entre cinco, tirarán siempre cosas al gato donde lo hallen, y todos los perros de verdad lo perseguirán hasta un árbol, upa.

Gato también mantiene su parte del trato. Mata ratones y es bueno con Nenes cuando está en casa, mientras no le jalean demasiado del rabo. Pero hecho eso, y entre tiempos, y cuando sale la luna y viene la noche, es Gato que anda a su antojo, y cualquier lugar le es igual. Entonces va por la salvaje selva húmeda o upa por los salvajes árboles húmedos o por los salvajes techos húmedos, coleando en su salvaje soledad.

POR

RUDYARD KIPLING

ILUSTRACION DEL AUTOR

Crúcese de Palabras

	I	II	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X	XI	XII	XIII	XIV	XV
I	M	A	Y	U	■	A	G	A	T	A	■	A	N	I	L
II	A	D	A	■	O	R	A	C	U	L	O	■	O	R	I
III	S	U	■	C	R	I	S	O	L	I	T	O	■	I	M
IV	C	A	B	U	L	A	■	M	■	M	I	C	A	D	O
V	A	N	A	C	A	■	P	O	S	■	S	I	R	E	S
VI	R	A	R	O	■	R	O	D	I	O	■	O	T	O	N
VII	A	■	R	■	P	I	L	O	N	G	O	■	I	■	A
VIII	■	C	I	C	U	T	A	■	G	L	I	O	M	A	■
IX	V	■	L	■	A	M	I	E	L	I	A	■	A	■	A
X	A	S	E	O	■	O	N	D	E	O	■	A	Ñ	A	L
XI	L	E	T	R	A	■	A	E	S	■	A	R	A	R	A
XII	M	A	E	Z	T	U	■	N	■	A	T	E	S	A	R
XIII	I	R	■	A	M	B	L	I	O	P	I	A	■	M	I
XIV	K	E	Y	■	A	R	A	C	I	O	N	■	R	I	F
XV	I	S	I	S	■	E	R	A	R	D	■	P	A	S	E

(SOLUCION DEL NUMERO ANTERIOR)

Final de Campeonato

BARRA brava aquella! Viejo boliche de San Cristóbal, hermano gemelo de otros boliches de Palermo, Belgrano, Boca, Puente Alsina... ¿cuántos años hace que está ofreciendo el apoyo de tu mostrador al cuerpo del que niega, con oscilaciones peligrosas, la ley de gravedad?

Incubadora de muchachos, que el que nació más sonso de ellos salió revoliando cobres y rompiendo vidrios a pelotazos mientras los demás iban a la escuela con un mazo de cartas debajo del brazo.

Inolvidables partidos que se jugaban por el vermut del mediodía y al calentarse el horno se empalmaba con el vermut de la cena o... el del día siguiente!

Mucha confianza en sus mañas, sobradores en la intención del contrario, gran pálpito, de vista para tomar las señas al vuelo, y poseedores de todas las picardías del gran juego popular criollo; hubo en otra época, en el viejo boliche de la calle Catamarca un montón de jugadores de truco capaces de llegar al cielo y jugarse la entrada al Paraíso en una falta envido.

El dueño del boliche, conocedor del entusiasmo y habilidad de los muchachos y, comerciante al fin, tuvo la idea de organizar un campeonato.

La noticia produjo revuelo entre la muchachada y la barra en pleno se anotó para la gran trenzada donde había de triunfar la pareja más mentirosa y más guapa de aquel plantel de guapos y mentirosos.

El premio consistía en veinticuatro botellas de buen vino que, por juramento del bolichero, estaban condenadas a ir al infierno por falta de bautizo.

Desde quince días antes de la fecha de la largada, todos los participantes empezaron a sacarle punta a las intenciones de descorchar las del bueno. Fué una especie de adiestramiento completamente innecesario por cuanto ya todos se conocían los puntos y chances respectivas.

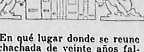
Juego donde sacar los tantos a base de picardía es un honor, donde la tentación de burlar al contrario está presente en cada



jugada y pronta la risa para ridiculizar al jugador que, estando cargado de cartas, grita: —¡Truco! — y no advierte el quie...to! con que el contrario le contesta y se va de boca, mostrando el juego.

Juego donde el que debe ganar se enceguece y el que está perdiendo ensaya una mentira desesperada que le ha de dar el triunfo. El arte de pasar las señas al compañero y de sorprender las de los rivales y la ciencia de hacerse el chico con un gran juego y de inspirar temor a los otros cuando se está ciego, todo era conocido en aquel boliche, como en todos los boliches de la República, hasta en los más pequeños detalles.

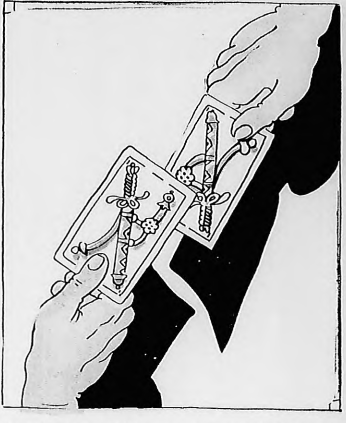
Pero... aquel campeonato estaba destinado a fracasar.



¿En qué lugar donde se reune muchachada de veinte años falta un reo que no esté inventando pillerías?

Empezó el campeonato y se fueron eliminando las parejas hasta llegar la final y la noche en que debía definirse el título de truqueros máximos. Lo de las botellas estaba descartado que habrían de ser para todos.

La curiosidad era enorme y las opiniones bien repartidas. Se preparó la mesa, llegaron las dos parejas finalistas y uno de los presentes entregó las cartas que habrían de dar, al que mejor provecho sacara de ellas, el placer de ser felicitado por buenos jugadores. Se formó un círculo



de espectadores con la formal consigna de no hablar ni comentar ninguna jugada para no entorpecer la lucha.

El partido se iba jugando muy feo. Las verdaderas gracias del truco —las mentiras arriesgatodavía — no aparecían por ninguna parte.

Era la batata de la responsabilidad ante el público crítico y cachador lo que hizo caer al partido en la más atroz monotonía. Se cuidaban los tantos y para cerrar un quiero se consultaban con desconocido amarretismo.

No era un partido de truco como los que se jugaban allí todos los días. Aquellos muchachos acostumbrados a jugar sin andar con tantas consultas y prudencias, estaban violentos. Jugadores a puro instinto, no podían en aquella ocasión, aceptar un envite con veinticuatro ni un truco con un falso; había allí un público que no perdonaría chapetonadas y menos a ellos, finalistas del campeonato.

Tanto a tanto habían llegado a buenas cuando ocurrió lo inevitable, lo fatal...

Jugó la mano un dos que dejó correr el contrario.

—¿Cuántas? — preguntó el compañero de la mano.

—Por las suyas, compañero. Yo no tengo ni pa'cantar.

—Yo tampoco; dejo el dos...

—¿No puede subir? ¡Ponga la mejor!

—No tengo...

—¿Y, compañero? — dijo el pie.

—Yo, ciego; todos palos desparejos.

—¿Vamos Cayetano entonce?

—Si usté no ha visto...

—¿Y pal rabón? ¿Le gusta hasta'y?

—Cosas pardas no son buenas; ¿no puedo matar?

—Que vi'a poder. Tengo otro dos y gracias.

—Bueno...

Quedó parda la jugada. Por primera vez, desde que empezará el partido los cuatro hombres jugaban sobre seguro por las cartas que tenían.

—¡Truco¡—gritó la mano.

—¡Quierorretruco! — saltó el contrario.

¡Quiero y vale cuatro, también!

—¡Quiero y sonaste!

—¡Sonaste vos. Tomá y pelá esta chaucha!—gritó al dejar, tiempo que el contraria daba con un gran golpe y en la mesa un as de espadas, y al mismo otro golpe no menos fuerte y ponía en la mesa... ¡¡otro as de espadas!!

¡La que se armó allí

Los que rodeaban la mesa se reían con tantas ganas, no se sabe si por el encuentro de dos ases de espadas en el truco o al ver la cara de asombro de los fialistas del campeonato, que explotaron en un griterío entusiasta en el que había un poco de cachada para los jugadores y mucho de desquite por el largo rato de silencio y emoción a que estuvieron sujetos.

Inmediatamente, a pedido general, el bolichero repartió el premio entre todos los participantes del campeonato, quedando el convencimiento de que allí no era posible hacer nada en serio.

Se destaparon las botellas y dos, más amigos que nunca, brindaron por el ausente.

El ausente era el que colocó los dos ases de espadas, entregó los naipes a los jugadores y no se quedó a esperar el resultado de su gracia.

Por las dudas...

POR

Carlos V. Warnes

Ilustración de Rechain



ORO EN EL SUR



De igual suerte que en Nevada y en California, con parejas ásperas codicias, idénticamente alucinados por el áureo vellocino, hace algunos decenios partían hacia el Sud de la República Argentina, hacia las extremas tierras australes, desde todos los puntos del globo, las bandas de aventureros de todas nacionalidades que siempre están dispuestos a jugarse la existencia contra la probabilidad deslumbradora de un enriquecimiento súbito, fantástico, provocado por un afortunado golpe de pico sobre las doradas venas que el oro esconde en las entrañas de la tierra o en la desembocadura marítima de los ríos fabulosos que arrastran la fortuna en sus arenas aluvionales.

Fué hacia 1885 que circuló por el mundo la nueva electrizante de que en la Tierra del Fuego, entre los paralelos 53 y 55, allá en las inhóspitas costas bañadas por las heladas ondas de los mares antárticos, en una región de siniestras leyendas de naufragios y miserias, habíanse descubierto yacimientos auríferos de opulencia inaudita, filones que sedimentaban profundas capas de metal precioso, placeres rebosantes de arenas de oro y que sólo exigían el esfuerzo de agacharse para recojerlas y embolsarlas después de un sumario lavado. Entonces comenzaron los "rueshes" hacia la región fueguina. Los nombres de las islas Lennox y Nueva, de San Sebastián y la Bahía Slogget, en tierra argentina, de la Bahía Porvenir, en la vertiente chilena de la Isla Grande, adquirieron la reputación fantástica de un Eldorado, suscitaron la ansiedad codiciosa que había de atraer las caravanas humanas hacia el Klondike, el río Yukon y las comarcas diamantífers de Kimberley en el Africa del Sud.

La fiebre del oro estremeció también a Buenos Aires, en vísperas entonces de su famosa crisis de progreso y en pleno desenfreno agiotista. Constituyéronse aceleradamente sociedades mineras que movilizaban capitales con el señuelo fascinador de un lingote fundido con oro virgen extraído de la Tierra del Fuego. A la sazón surge, asimismo, aventurero en el mundo intérlope y turbio de una sociedad enferma por la sed de goces y las ansias de rápida fortuna, esa figura verdaderamente novelesc del rumano Julio Popper, gentilhombre en los salones, sabio entre los hombres ilustres, rudo explotador de hombres y exterminador de indios en la zona magallánica, ingeniero de minas, políglota, amigo del presidente Juárez Celman y del general Roca, íntimo y hasta asociado de las más eminentes personalidades políticas de la época, amado de las mujeres y acogido con entusiasmo por nuestra "elite", a la que seducía con su opulencia de nabab y su misterio de Conde de Montecristo, brindándole saraos y refinados banquetes, cuyos "menus" imprimía en láminas de oro puro, obsequiados después a sus comensales, entre quienes también solía repartir, a título de curiosidad y como recuerdo, las hermosas monedas áureas acuñadas en su establecimiento de El Páramo, cerca de la Bahía de San Sebastián.

★

La leyenda del oro fueguino comenzó en 1881, en Bahía Porvenir, vertiente occidental de Tierra del Fuego, cuando un grupo de mineros chilenos desembarcó en ese punto, atraído por los relatos sobre existencia de yacimientos auríferos difundidos por el marino y explorador de la misma nacionalidad Ramón Serrano Montaner. Pocos años después, aislados "pionneers" realizaban el hallazgo de ricos "placeres" en las barrancas de Cabo Vírgenes y Espíritu Santo, a la entrada oriental del Estrecho de Magallanes. Entonces aparece Julio Popper, verdadero descubridor del oro fueguino y su más afortunado explotador, pues se asegura que en el término de pocos años logró extraer y beneficiar más de quince quintales (alrededor de 700 kilogramos) del precioso mineral, quien lleva durante diez años una vida aventurera, dura y fastuosa al mismo tiempo, dejando tras de sí una leyenda de indomable audacia, vasto saber, áspera codicia y hasta implacable crueldad, la cual todavía perdura en toda la región austral que se extiende desde Cabo Vírgenes hasta la Bahía Nassau. ¿Quién era Julio Popper? "Era — dice A. de Agostini en su libro "Mis viajes a la Tierra del Fuego" —, un aventurero audaz, codicioso, inteligente, farsante y hasta sanguinario y cruel". Rumano de nacimiento, decíase ingeniero de minas y poseía, cuando menos, una gran competencia técnica y vasta ilustración, demostrada, no sólo en su eficiente dirección de las explotaciones auríferas, sino también por las interesantes publicaciones sobre temas etnográficos y geológicos patagónicos aparecidos con su firma en el Boletín del Instituto Geográfico Argentino, allá por los años 1887 y 1890. El mismo Agustini cita como prueba de la crueldad que se le atribuía, además de las versiones sobre malos tratos infligidos a sus obreros, la persecución contra los indios onas, llegando al punto de hacerse retratar en circunstancias que cazaba a tiros a los infelices indígenas.

Sea o no justificada esta imputación, lo cierto es que Popper estaba dotado de una actividad infatigable y gran energía, a la par que de un don de gentes que le sirvió para vincularse en los altos círculos políticos y sociales porteños, en donde reclutaba accionistas para sus sociedades mineras y apoyo sólido para sus excesos. Desde 1885 hasta 1891 viajó incesantemente por todo el archipiélago fueguino en busca de nuevos yacimientos y desde éstos hasta Buenos Aires, para traer hombres que reclutaba su hermano Máximo, elementos técnicos y víveres necesarios al sostenimiento de sus explotaciones. Pretendía tener —y lo defendía por todos los medios— un monopolio absoluto sobre los yacimientos auríferos fueguinos, invocando como título una amplia concesión que le había sido otorgada por el presidente Juárez Celman, de cuya amistad indudablemente gozaba y de quien se decía socio, lo mismo que de otros encumbrados políticos de la época.

Descubierto el oro en las islas Nueva y Dennox, éstas fueron centro de atracción de innumerables aventureros. El metal encontrábase en aristas, polvo finísimo y hasta en pepitas, revueltas en la tierra y rocas cuarzosas que las aguas de los torrentes arrancan de las montañas y arrastran hasta el mar, o arrancado por el mismo mar de los bancos submarinos y arrastrados por sus olas, en labor de siglos, hasta las playas cercanas, en donde se incorporaban a las barrancas ribereñas. En la vertiente sur de las dos islas mencionadas se descubrieron, acumulados en pocos metros, grandes depósitos de esos polvos auríferos, que las olas del mar y las mareas, en su trabajo de siglos, habían sedimentado allí, arrastrando la tierra y dejando el oro estratificado por su mayor peso específico.

El trabajo de los primeros buscadores fué, así, relativamente fácil consiguieron rendimientos. En sólo veinte y siete días de trabajo, un equipo de catorce mineros austriacos extrajo de la isla Lennox 115 kilogramos de oro. Otros trabajadores abrieron una zanja en el centro de la isla y a nueve metros de profundidad encontraron una capa del mismo mineral, de la cual extrajeron, el primer día, catorce kilos de oro. La relación de estos hallazgos, exagerada en sus versiones sucesivas hasta la categoría de fábula, excitó las imaginaciones y a la vez que atraía nuevas expediciones de aventureros, provocaba en Buenos Aires y Santiago de Chile la apresurada formación de sociedades de capital destinadas a explotar el nuevo Ofir.

Entre todos aquellos buscadores de fortuna rápida y cuantiosa, sobresale Julio Popper, no sólo por sus vastos conocimientos técnicos y mayores recursos, sino, en alto grado, por la osadía y falta de escrúpulos puestos al servicio de sus designios; a la vez que por la inaudita aunque temporal opulencia alcanzada en sus empresas. En su primer viaje le acompañaban cincuenta hombres, en su mayoría dálmatas y checos, tipos resueltos a todo y adictos a su jefe hasta cualquier barbaridad. La fortuna les sonreía y encuentran riquísimos yacimientos auríferos en El Páramo y la Bahía San Sebastián. Vuelve a Buenos Aires y retorna con ciento cincuenta trabajadores más, reclutados por su hermano Máximo con la promesa de repartir entre ellos el 33 o/o del oro que extrajese, lo que importaba —según se les prometía— una ganancia líquida de doscientos duros mensuales, por lo menos, para cada uno.

POR

JUAN JOSE ROCA

ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS

★

El clima es tan rígido que la nueva expedición debe afrontar los rigores de 25° bajo cero; noventa centímetros de nieve helada y dura como cristal cubren la superficie de la tierra, sobre la cual se quiebran las herramientas en las manos de quienes las manejan. Pero la sed de oro alienta a los buscadores. Además, allí está Popper alentando con la palabra y el ejemplo y aun obligando por otros medios cuando el caso lo exige. Abrénse túneles a través del hielo y de la roca y se llega a las vetas metalíferas que poseen un espesor verdaderamente fabuloso. Se saca oro a palas llenas; oro casi puro en los filones, purísimo en las gravas auríferas de la bahía. Con los elementos de que dispone, Popper construye un verdadero palacio en El Páramo; allí se instala como un sátrapa fueguino y establece sus fraguas y talleres de fundido, amalgamado y acuñación de oro. Porque el personaje considérase el soberano de la región bañada por el Beagle. Lleva su fantasía, su soberbia o su vanidad, hasta la acuñación de monedas de oro, con tributos inventados o dibujados por él: un indio fueguino, de pie, en el anverso y un guanaco en el reverso. En el exergo —dícese— llevaban como leyenda: Tierra del Fuego. Las monedas eran de un gramo, dos gramos y cinco gramos y su valor estaba fijado por el del mismo metal en barras, cotizado entonces a ciento treinta libras esterlinas el kilogramo. Hasta hace pocos años había en Buenos Aires y en Ushuaia personas que guardaban esos discos como una curiosidad. Superfluo parece agregar que los hombres que trabajaban las minas apenas si alcanzaban míseras partículas de tan fabulosa opulencia. No se les pagaba en metálico, sino en fichas de un tejido solidísimo que llevaban estampado con tinta indeleble su valor en pesos y que servían para pagar las ropas y artículos de consumo vendidos a increíbles precios en la proveeduría del mismo Popper o sus asociados. De suerte que estos infelices, condenados a rudo trabajo bajo un clima terrible y en una de las regiones más remotas e inclementes de la tierra, terminaban por desertar, refugiándose, más pobres que cuando vinieron, en la región fueguina sometida a la soberanía chilena. Eso explica la necesidad incesante de renovar el personal y los continuos viajes a Buenos Aires que realizaba el ingeniero rumano.

Por otra parte, sus pretensiones al monopolio de las riquezas metalíferas de la Tierra del Fuego lo obligaban a mantenerse en constante pie de guerra para rechazar las incursiones de los aventureros, generalmente chilenos o procedentes de Chile, que se volcaban sobre aquellas regiones, empujados por la "áurea sacra fames" del clásico. Con grupos de hombres armados, a sus órdenes, recorre las costas y desaloja "manu militari" a los intrusos, despojándolos frecuentemente, según se refiere, del producto de sus furtivas explotaciones, a manera de confiscación por ser habidas contra derecho...

Entre las numerosas anécdotas que circulan en Tierra del Fuego acerca de Popper, una de las más celebradas es la siguiente: siendo cada vez más numerosos y bien armados los equipos buscadores que invadían el territorio de su jurisdicción, Popper se veía en inferioridad de condiciones para repeler con éxito sus invasiones. Debió entonces recurrir a su ingenio para suplir la deficiencia de sus fuerzas; y en uno de sus viajes a Buenos Aires regresó con un lote de viejos uniformes del ejército y la policía metropolitana, a la vez que con una partida de ya desusadas armas de fuego, conseguidas éstas y aquéllos, gracias a sus eficaces vinculaciones metropolitanas. Provisto de esos elementos bélicos, Popper, cuando se enteraba de que alguna partida intrusa trabajaba en la zona de su soberanía, rodeábala cautelosamente por la noche, coronando las alturas con numerosos muñecos o fantoches de tamaño humano, vestidos de uniforme y armados hasta los dientes. Adoptadas estas precauciones, apersonábase con una escolta armada, a los merodeadores, intimándoles el desalojo y la entrega del oro extraído, a mérito de sus títulos y en razón de la superioridad de sus fuerzas exhibidas a la distancia. Parece que jamás le falló el ardid, inspirado, tal vez en un episodio de Los Tres Mosqueteros o en tal pintoresco pasaje de Le Capitain Fracasse... Lo cierto es que los actos de Popper provocaron verdadera indignación en Chile, determinando reclamaciones de sus autoridades y hasta un mitin de protesta, celebrado en Punta Arenas (hoy Magallanes), el 9 de agosto de 1888.

Pero el auge del aventurero y de las sociedades fundadas por él y otros especuladores duró lo que la realidad de las riquezas auríferas fueguinas. Agotados los yacimientos de Bahía San Sebastián y las islas del Beagle, o empobrecidos hasta el punto de no retribuir los gastos de explotación, Popper viaja por las costas fueguinas, ensayando incansablemente las gravas metalíferas hasta dar con los ricos placeres de Bahía Slogget, y más tarde, con los filones de la Isla de los Estados, a cuya explotación se entrega, al mismo tiempo que numerosos buscadores que burlan su ya insostenible monopolio. Esas fueron las últimas etapas gloriosas de la aventura del oro fueguino. Gradualmente agótanse vetas y arenas y se ralea la ya decepcionada población de aventureros. La antigua opulencia es un dorado reflejo del tiempo pretérito y sólo van quedando escasas partidas entregadas a la mísera y dura tarea del lavado bajo el azote constante de los vientos del sudoeste y frente al lúgubre mar austral. La revolución del 90 y el crack económico que la acompañó privaron a Popper de sus valiosas amistades y de la plaza en donde movilizaba los capitales necesarios al sostenimiento de sus empresas. El fantástico personaje desaparece de la escena, dejando tras de sí el recuerdo de sus aventuras, la fama de sus riquezas y las abandonadas construcciones de su establecimiento y residencia de El Páramo. Se ausenta para Bolivia, en busca, tal vez, de campo propicio para nuevas empresas del mismo género; más tarde, sábese que se ha trasladado a París, ciudad en la cual muere, según se cree, de una úlcera, o de cancer, en la mayor pobreza. Un hermano que le ha sucedido en el manejo de sus empobrecidas explotaciones, muere también en Tierra del Fuego.

Algunos años después la fiebre sufre una recidiva. Otra vez el oro de Sloggett alucina a los aventureros. En Buenos Aires se constituye en 1902 la The Tierra del Fuego Exploration Co., Sociedad Anónima con sede en la calle Rivadavia 329, la cual logra levantar cuantiosos capitales y hace una instalación de modernas maquinarias en Bahía Sloggett, trayendo numeroso personal técnico de primer orden. Una vez más los resultados burlan las esperazas y la compañía suspende sus trabajos a poco de iniciados, dejando todas las instalaciones a cargo del ingeniero de Ressia, un capataz y el obrero Antonio Marusic. El ingeniero y el capataz se ausentan para no volver, en 1906 y Marusic queda solo durante más de veinte años, hasta que al fin es autorizado por el juez de Río Gallegos a vender materiales para subvenir a sus necesidades. Todavía vive Marusic en las soledades de Bahía Sloggett. Alguna vez me ocuparé de la novelesca existencia de este solitario que ha sido llamado el Robinsón fueguino.

En Colonia Porvenir, del lado chileno de la Isla Grande, continúa todavía con cierto éxito el laboreo de material aurífico de las barrancas. Se dice que por allí se han realizado últimamente valiosos hallazgos de oro grueso. Una estadística de ese país informa que durante el trienio último Tierra del Fuego produjo 600.000 gramos de oro. De vez en cuando, desde Porvenir a Ushuaia circula el rumor de que las picotas han levantado alguna pepa gigantesca, lo que anima los ojos de los viejos buscadores que sobreviven, convertidos ahora en comerciantes, ovejeros y terratenientes.

En cuanto a la zona argentina, todavía hay quienes creen que la costa del Beagle y las barrancas de la Isla de los Estados encierran opulentos placeres y filones riquísimos que algún día renovarán las fabulosas épocas de la fiebre de oro. Lo cierto es que aun se lava arena en las inmediaciones de la Bahía Sloggett. Precisamente, hace poco tiempo, en los últimos días de febrero del año corriente, llegó a Ushuaia un yugoeslavo, Antonio Ostoich, quien regreso a pie de dicho punto, hasta donde lo condujo la goleta "Garibaldi", después de pasar varios meses trabajando y ensayando el metal aurífico de la costa. Sacó de su cinto, para mostrármela, una bolsita que contenía trescientos gramos de oro. Era la parte que le correspondió de la tarea llevada a cabo juntamente con cuatro compañeros. Ostoich es de los que conjeturan que el oro de Sloggett y San Sebastián es arrastrado por las tempestades del Sur desde la Isla de los Estados y bancos que la rodean. Su aspiración es organizar una expedición hasta esos parajes, convencido de que volverá de ella rico como un Creso.

Pero la obsesión del oro asedia a la gente fueguina hasta el punto de afirmarse que en las inmediaciones de Ushuaia, en las cascadas de Río Olivia, cuyo curso corre por la falda del monte epónimo, debe haber sedimentos auríficos, arrastrados por las aguas que descienden desde las altas cumbres que circundan a la capital fueguina. Podría citar el nombre de un oficial de marina, que cada vez que su buque fondea en la bahía de Ushuaia, practica sondajes en los ríos Grande y Olivia, convencido de que ha de realizar alguna vez la hasta ahora fabulosa quimera del oro.





Confesiones

DREAMTIGERS

En la infancia, yo ejercí con todo fervor la adoración del tigre —no el tigre overo de los camalotes del Paraná y de la confusión amazónica, sino el tigre rayado, asiático, real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra, sobre un castillo encima de un elefante. Yo me solía demorar sin fin ante una de las jaulas en el Zoológico; yo apreciaba las vastas enciclopedias y los libros de "historia natural", por el esplendor de sus tigres. (Todavía me acuerdo de esas figuras: yo que no puedo recobrar sin error la frente o la sonrisa de una mujer). Pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños. En esa napa sumergida o caótica siguen prevaleciendo, y así: Dormido, me distrae un sueño cualquiera y de pronto sé que es un sueño. Suelo pensar entonces: Este es un sueño, una pura diversión de mi voluntad, y ya que tengo un ilimitado poder, voy a causar un tigre

¡Oh incompetencia! nunca mis sueños saben engendrar el monstruo apetecido. Aparece el tigre, eso sí, pero disecado o endeble, o con impuras variaciones de forma, o de un tamaño inadmisible, o harto fugaz, o tirando a perro o a pájaro.

LOS ESPEJOS VELADOS

El Islam asevera que el día inapelable del Juicio, todo perpetrador de la imagen de una cosa viviente resucitará con sus obras y le será ordenado que las anime, y fracasará, y será entregado con ellas al fuego del castigo. Yo conocí de chico ese horror de una duplicación o multiplicación espectral de la realidad, pero antr los grandes espejos. Su infalible y continuo funcionamiento, su persecución de mis actos, su pantomima cósmica, eran sobrenaturales entonces, desde que anochecía. Uno de mis insistidos ruegos a Dios y al ángel de mi guarda era el de no soñar con espejos. Yo sé que los vigilaba con inquietud. Temí, unas veces, que empezaran a divergir de la realidad; otras, ver desfigurado en ellos mi rostro por adversidades extrañas. He sabido que ese temor está, otra vez, prodigiosamente en el mundo. La historia es harto simple— y desagradable.

Hacia mil novecientos veintisiete, conocí una chica sombría: primero por teléfono (porque Julia empezó siendo una voz sin nombre y sin cara); después en una esquina al atardecer. Tenía los ojos alarmantes de grandes, el pelo renegrido y lacio, el cuerpo estricto. Era nieta y bisnieta de federales, como yo de unitarios, y esa antigua discordia de nuestras sangres era para nosotros un vínculo, una posesión mejor de la patria. Vivía con los suyos en un desmantelado caserón de cielo raso altísimo, en el resentimiento y la insipidez de la decencia pobre. De tarde — algunas contadas veces de noche — salíamos a caminar por su barrio, que era el de Balvanera. Orillábamos el paredón del ferrocarril; por Sarmiento llegamos una vez hasta los desmontes del Parque Centenario. Entre nosotros no hubo amor ni ficción de amor: yo adivinaba en ella una intensidad que era del todo extraña a la erótica, y la temía. Es común referir a las mujeres, para intimar con ellas, rasgos verdaderos o apócrifos del pasado pueril; yo debí contarle una vez el de los espejos y dicté así, el 1928, una alucinación que iba a florecer el 1931. Ahora acabo de saber que se ha enloquecido y que en su dormitorio los espejos están velados, pues en ellos ve mi reflejo, usurpando el suyo, y tiembla y calla y dice que yo la persigo mágicamente.

Aciaga servidumbre la de mi cara, la de una de mis caras antiguas. Ese odioso destino de mis facciones tiene que hacerme odioso también, pero ya no me importa.



UN INFIERNO

En esta página de atroces noticias, no debe faltar la de un sueño. Soñé que salía de otro —populoso de cataclismos y de tumultos— y que me despertaba en una pieza irreconocible. Clareaba: una detenida luz general definía el pie de la cama de fierro, la silla estricta, la puerta y la ventana cerradas, la mesa en blanco. Pensé con miedo la pregunta: ¡En qué casa estoy? y realicé que no lo sabía. Pensé: ¿Quién soy? y no me pude reconocer. El miedo creció en mí. Pensé: Esta vigilia desconsolada ya es el Infierno, esta vigilia sin destino será mi eternidad. Entonces desperté de veras: temblando.

LAS UÑAS

Dóciles medias los halagan de día y zapatos de cuero claveteado los fortifican, pero los dedos de mi pie no quieren saberlo. No les interesa otra cosa que emitir uñas: láminas córneas, semitransparentes y elásticas, para defenderse ¿de quién? Brutos y desconfiados como ellos solos, no dejan un segundo de preparar ese tenue armamento. Rehusan el universo y el éxtasis para seguir elaborando sin fin unas vanas puntas, que cercenan y vuelven a cercenar los bruscos tijerazos de Solingen. A los noventa días crepusculares de encierro prenatal, establecieron esa única industria. Cuando yo esté guardado en la Recoleta, en una casa de color ceniciento provista de flores secas y talismanes, continuarán su terco trabajo, hasta que los modere la corrupción. Ellos, y la barba en mi cara.

FRANCISCO BUSTOS

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

EN LA NOCHE

DOS ambientes. Uno pequeño, agudo; el otro grande, majestuoso, sereno, gestatorio. Se festeja la última noche de carnaval y las sombras de los campos reciben las ondulaciones que casi se adivinan de la risa estridente, allá en el corso. El foco de un automóvil que va al pueblo dibuja tambaleos en el aire y a medida que se aleja hacia aquél, cuyas luces iluminan el cielo, adquiere formas precisas y realiza una como hostilidad cruel para el campo que se queda detrás, solo, grave, solemne, ignorante. La gente se ha hurtado a la paz, ha huído de la amistad de Dios, con el pretexto de los cascabeles.

Es rara esta noche. No se la puede encontrar. Se alborotó, y adiós. La gente hace barullo, grita, renegando de todo. ¡A divertirse!

Ya se ha ordenado éso. Todos allá, en los cafés, en la vereda de la plaza, la que dá al corso.

Ocho filas frente a frente, confundidas; la mamá, ajada, lleva al nene en un brazo, y pellizca al otro que se le quiere ir de la mano, lo sacude, lo hace llorar.

De un palco sale un mensaje, dentro de un rollito de serpentinas. La chica lo toma al vuelo, lo lee con suma atención, y sonríe. Después... "Sí; me gusta leer"... "¿Lee versos?" — "Sí. ¡Me gustan tanto los versos!"

Se ha juntado mucha gente al lado de un automóvil. Era un vendedor de serpentinas. Al rato llega la banda de dar la vuelta a pie por todo el corso. Sube a su palco, sin tranquilizar los cobres; el atrio de la iglesia está lleno de papelitos.

Las muchachas no quieren irse. Estiran los cuellos, sonríen gloriosas, coronadas de todos los deseos y están, quizá, completamente absorbidas, ingurgitadas con toda la gente, por el ruido epiléptico. Vienen los automóviles, los carros y las murgas; las catangas enloquecen de vértigo en los focos de la calle; caen, ébrias, en la espalda desnuda, y el novio se dedica a sacarla entre gritos espantados.

El palcos de ellas es el más ruidoso, todo lleno de flores, muñecos, serpentinas y papelitos; no se puede abandonar la gloria. Ellas han hecho su yunta carnavalesca; todavía están vibrantes, después de su vuelta al corso en el automóvil del intendente, que les regaló un muñeco a cada una.

Mientras pasan las horas, una se pone triste y ensaya algún gesto dramático. Otro muestra la brillante cadena de las llaves, empujándola con la mano que guarda en el bolsillo del pantalón, y se pavonea entre las muchachas, feliz al conversar con tantas a la vez.

En un rincón del palco, al lado de cuatro pies de sexos distintos, hay unos paquetes de serpentinas. Pero un pillete introduce rápida la manita morena y vende su presa al mismo galán, que aprovecha la ocasión para sacar un flamante billete de cinco pesos.

Una línea de luz hilvana el cielo y luego estalla. Los automóviles pasan más veloces, y en las murgas se advierten rictus mecánicos, porque están cansados de saltar toda la noche.

Las filas desertan y va des[...]do la unión del humo con los gritos y las luces. El contraste del silencio y la estridencia es más vivo. Se regresa.

Pero aun algunas estrías de la masa son rebeldes; el baile, la música popular, dan el resto de los sorbos.

—Ché, vamos a "Los matreros"...

—Mirá que mamá está sola...

—No. Está el gordo. Vamos.

La una del otro día.

Todos, a pie, caminan quince cuadras, veinte tal vez. Se dobla en una esquina. La calle es de tierra. Un foco potente anuncia en medio de la noche, frente a un portal.

En los rincones más obscuros, la noche vive. Goza por el campo, lejos, enredada a los latantes hilos de la vida, volando como un gran vampiro misterioso, arriba de la luz, sobre los árboles, sobre el club.

En el otro extremo de la noche, dividida para cada suspiro, las aromas, con los brazos curvos hacia el cielo, acarician el techo de la casa. Una bandada de paots puebla el aire de rumores sardónicos, de ocultos cuchicheos. La casa, silenciosa, vaga, como un bulto encallado, tiene la sublime indiferencia de las cosas inertes. Todo es igual en la unión de todo. Los sapos croan en el charco. El agua salpica, moviéndose sobre el lecho poroso de la tierra. Sólo anda algún perro, que salva la zanja y husmea el polvo, la cola amedrentada, los ojos oblicuos.

Del paso a nivel llega el ruido monótono de un largo tren de carga.

La madre duerme en una de las habitaciones. A veces contrae una pierna, casi imperceptiblemente. Es un acto rápido, nervioso. Luego suspira. Es el sueño tranquilo de todas las noches. El hijo viene tarde; por la estación las cuadras son obscuras. En las tres esquinas se abren tres calles negras, peligrosas y él tiene que hacer las tres cuadras a pie. No quiere saber nada de consejos. ¡Ah, estos hijos!..., Siempre alejándose, sin saber nada de las cosas... Se dejan llevar de los amigos... La madre no es nada... Y yo no tengo poder... Sabe que me hace renegar, que me asusta, pero se va... Y si alguna vez lo asaltan, yo le dije... Se desabriga, no se cuida... ¿Dónde habrá ido?...

La madre sueña; se mueve más seguido. Desliza un brazo hacia la almohada, como apoyándose. La casa está sola. El está durmiendo en la otra pieza... Sí... Vino tarde... Antes de que llegara había estado escuchando que unos vagos pasaban riendo e insultando... por Dios... que no les haga caso... sí... ella está segura que vino... le hizo cerrar la puerta como todas las noches, porque es tan distraído que se olvida de todo... Quisiera ver si cerró bien... ¡Oh!... ¡Qué pereza de levantarse!... No. No se levantaría por nada...

Ella está culpable. Podría entrar alguien. Su hijo se ha dormido y tiene el sueño pesado. No oiría nada. Mejor, Así no se levantaría a ver quién se introduce cautelosamente, abriendo despacio, con infinita lentitud, la puerta del comedor. Si. Tan despacio, tan despacio.

Ella ve la claridad que aumenta debajo de la puerta. Sí. Está segura de que la van a abrir. Y si ella fuera despacio, descalza, y cerrara de un golpe la puerta con llave, para huír como una loca a acostarse otra vez, segura de que no pueden entrar por más que forcejeen... Sí. Quiere ir. Y los ladrones van a escapar por la sproresa. Pero no puede. El cuerpo no la obedece por nada. No es capaz ni de tomar las sábanas para destaparse. Está toda amodorrada, y tiene el corazón lleno de remordimientos. Si no va, seguirán abriendo con esa lentitud tan cautelosa, tan inverosímil, que no le permitiría darse cuenta, si ella no supiera de antemano que allí están los ladrones. Ella lo sabe. Ella los siente allí, detrás de la puerta, dominando todas las infinitas precauciones para no hacer ruido; en la actitud de acecho, prontos para la fuga o el ataque. Llega a imaginárselos, con la gorra baja, la camisa desabrochada, las piernas ágiles, y el saco lleno de manchas. Y se siente injustamente sola, llena de miedo... Sí. Injustamente sola, con su pavor indescriptible, con su impotencia rabiosa contra los hijos, contra los ladrones; sola, en la casa muda, con la obsesión desesperante de esa línea de luz que cada vez se aclara más, se hace nítida, toma una personalidad trágica. Ya los ladrones pueden insinuarse en el comedor, a través de la puerta. Le da más rabia. ¿Para qué se van a bailar, mientras ella sufre en la casa...? Son locos, locos, que no miran nada, con tal de divertirse... Y si ahora entran, qué va a hacer?

El pavor la hace agitarse en la cama. Suspira hondamente, casi sollozante, y en los movimientos se deslizan las cobijas hacia un costado.

Cree entonces hallarse entre ellos, en camisón, rogándoles por piedad que no entren. El frío de la madrugada se le filtra por las mangas, pero ella lo desecha; quiere ofrecerlo como un sacrificio para que no entren. Pero se ríen, porque ven que ella no puede ni moverse; la contemplan, demudada, en su anonadamiento ansioso. Y otra vez la rabia, y la sensación de soledad que la turba hasta el límite de todos sus nervios agarrotados. La angustia se ha agazapado en su garganta, haciendo un dique con su garra férrea.

La puerta se ha abierto bruscamente y el grito incubado en la subconciencia sale transformado en un gruñido de espanto. Abre los ojos como botones y se sienta en la cama, asiendo las cobijas como un niño de pecho que va a ser arrebatado.

Las muchachas entran en el comedor, y chistan conteniendo la carcajada. Ha salido el sol por fin, y la lista clara debajo de la puerta se torna brillante. El hijo da dos vueltas a la llave, y se saca el sobretodo. Hay una mueca de cansancio y disgusto en su cara pálida. De la otra pieza llega la voz somnolienta del Gordo:

—...no lo pueden dejar dormir a uno.

Por

H. E. Perdomo

Ilustración de Rechain

Peloponeso y Jazmín ★ por Hamlin





































